

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNADOR

Dn. Daniel Scioli

VICEGOBERNADOR

Lic. Juan Gabriel Mariotto

DIRECTORA GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Dra. Silvina Gvirtz

VICEPRESIDENTE 1° DEL CONSEJO GENERAL

DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Prof. Daniel Lauría



ESTE LIBRO PERTENECE A:

HÉROES Y VIAJEROS DE LA ANTIGUA GRECIA

Selección de textos: María Elena Cuter y Cinthia Kuperman

Adaptación: Mirta Torres

Cuidado de la edición y corrección: Martín Alzueta

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Copyright: IIPE - UNESCO 2011 / EUDEBA 2012

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Estos libros son distribuidos en forma gratuita en establecimientos públicos de la Provincia de Buenos Aires. Prohibida su venta.

Héroes y viajeros de la Antigua Grecia / adaptado por Mirta Torres ; ilustrado por Marcelo Orsi Blanco

Blanco. - 1a ed. - Buenos Aires : Eudeba; La Plata: Dirección General de Cultura y Educación
de la Provincia de Buenos Aires. Programa Textos Escolares para Todos, 2012.
96 p. : il. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-1908-7

1. Literatura Infantil. I. Torres, Mirta, adapt. II. Orsi Blanco, Marcelo, illus.
CDD 863.928 2

Fecha de catalogación: 13/01/12

An artistic illustration on the left side of the page. It depicts a hero in silhouette, wearing a helmet and riding a horse. They are positioned on a rocky, uneven path that leads towards the right. In the distance, another figure is visible on the path. The background is a bright, hazy light, suggesting a sunrise or sunset, which creates a strong silhouette effect. The overall style is painterly and evocative.

HÉROES Y VIAJEROS DE LA ANTIGUA GRECIA

ANTOLOGÍA DE RELATOS MITOLÓGICOS

Ilustrado por Marcelo Orsi Blanco

ÍNDICE

PAG. 11	EL LARGO REGRESO DE ULISES. HÉROE DE TROYA
PAG. 37	JASÓN Y LOS ARGONAUTAS
PAG. 57	PERSEO Y LA MEDUSA
PAG. 77	TESEO Y EL MINOTAURO

EL LARGO REGRESO DE
ULISES
HÉROE DE TROYA

EL LARGO REGRESO DE ULISES, HÉROE DE TROYA

—Padre mío— dijo Atenea a Zeus Olímpico, padre de todos los dioses —, ayudemos al prudente Ulises a regresar a Ítaca, su reino. Ya todos los héroes de Troya se hallan en sus hogares. Únicamente Ulises permanece cautivo en la gruta de Calipso, que anhela hacerlo su esposo. ¡No lo olvides, padre!

—Hija mía —respondió Zeus—. ¿Por qué afirmas que he olvidado a Ulises, valiente entre todos los mortales? Es Poseidón quien le guarda rencor porque Ulises cegó un día al cíclope Polifemo. Pero favorezcamos su regreso.

Atenea empuñó su brillante lanza de punta de bronce y aprestó su vuelo para descender del Olimpo. —¡Informaré entonces a Telémaco, hijo de Ulises, que su padre vive y ha de volver! —afirmó la diosa de claras pupilas—. El joven Telémaco es valiente pero ignora si su padre ha muerto con gloria en Troya o si ha salvado su vida. Sufre por eso la ofensa de los pretendientes de la bella Penélope, su madre, que quieren apoderarse del reino de Ítaca.

Tras estas palabras partió Atenea como un ave veloz a dar valor a Telémaco.

—¡Hermes, hijo! —llamó por su parte Zeus—. Tú eres mi mensajero. Ve a decirle a Calipso nuestra resolución: ¡que Ulises retorne a su patria!



lises reposaba sobre la ribera, llorando frente al mar, cuando Calipso, de hermosas trenzas, salió de su gruta y se acercó al héroe. –No llores más –le dijo Calipso–. Zeus te ha favorecido. Corta grandes maderos, únelos y forma una balsa para que te lleve de regreso. Yo pondré en ella pan, agua y rojo vino; te daré vestidos y enviaré al viento para que llegues sano y salvo a tu patria.

–¡Partiré, Calipso! –respondió Ulises–. Pero no guardes enojo contra mí. Deseo volver a mi casa. ¡Diez años hace que partí hacia Troya!

En cuanto se mostró la aurora, Ulises derribó veinte troncos, los pulió con habilidad y los unió luego. En el centro de la cubierta, elevó un mástil y construyó un timón para conducir la balsa. Calipso trajo el lienzo para las velas y por fin, al cuarto día, Ulises echó su balsa al mar. Recibió la túnica y el manto, un odre de vino negro y otro más grande de agua y succulentos alimentos. Ulises desplegó las velas y condujo hábilmente la nave sin que lo dominase el sueño.

Diecisiete días navegó atravesando el mar y al décimo octavo pudo observar los montes del país de los feacios. Fue entonces cuando el poderoso Poseidón vio a Ulises de lejos y se encendió de ira. Echó mano a su tridente, cubrió de nubes la tierra, una enorme ola rompió el mástil y cayó la vela. Pero Ulises permaneció aferrado a las maderas de la balsa y así evitó la muerte.

Tras grandes esfuerzos, llegó a la ribera; su cuerpo estaba hinchado y de su boca manaba agua de mar; sin aliento y sin voz quedó tendido al pie de unos juncos. La hojarasca le sirvió de lecho y cubrió su cuerpo.

En su alto carro de fuertes ruedas, Náusica llegó hasta la boca del río con sus esclavas; antes de echar al mar sus aguas, el río formaba unos lavaderos de agua cristalina. En ese lugar, desplegaron sus vestidos y,

después de limpios, los tendieron sobre la playa con algunos guijarros encima. Mientras las ropas se secaban, las jóvenes jugaban con una pelota. Una de las esclavas erró el tiro y cayó la pelota en un hondo remolino. Todas gritaron y el sonido de sus voces despertó a Ulises.

–¡Ay de mí! ¿Qué gentes habitarán estas tierras? –pensó el héroe. Se puso de pie, vio a Náusica y le dijo con dulces palabras: –¡Yo te imploro, oh princesa, apiádate! Eres la primera persona a quien me acerco después de veinte días de estar preso en el mar. ¡Muéstrame la población más cercana y dame alguna ropa para cubrir mi cuerpo!

–Forastero –respondió Náusica –. Zeus te envió a estas costas. Los feacios habitan la ciudad y yo soy la hija de Alcínoo, su rey, a cuya presencia me apresuro a llevarte.

Ofreció a Ulises túnica y manto de los que estaban extendidos en la playa y lo invitó a seguirla; detrás de la doncella y sus esclavas entró el héroe a la ciudad: con gran sorpresa contemplaba los puertos, las naves y los grandes muros de las moradas de aquel pueblo. La mansión del rey resplandecía al sol; a derecha e izquierda corrían muros de bronce y en lo alto de ellos se extendía una cornisa de mármol; puertas de oro cerraban la casa.

–¡Huésped! –interrogó Alcínoo a modo de saludo–, ¿quién eres y de qué país vienes?, ¿qué quieres de nosotros?

–Difícil sería, oh rey, –respondió Ulises– contar todos mis infortunios, pues me los han enviado los dioses con gran abundancia. Pero contestaré lo que preguntas. Al retornar de la conquista de Troya, Zeus descargó su rayo sobre mi nave. Perecieron mis compañeros pero yo fui llevado por los dioses hasta la isla donde habita Calipso, de lindas trenzas. Estuve allí retenido siete años pero luego Calipso me invitó a partir. Me dio vestidos, me entregó pan y vino y envió viento favorable. Mas Poseidón hizo que la



nave naufragara y las olas me acercaron a tu país. Tu hija me trajo hasta ti. Mucho he sufrido por voluntad de los dioses: os ruego, preparad una nave, escoged remeros y escoltadme hasta mi patria.

—¡Oídmme, feacios! —exclamó Alcínoo—. Como a un hermano debe tratarse al huésped. ¡Y tú, forastero, dime tu nombre y cuál es tu país para que nuestras naves te conduzcan allá! ¡Cuéntanos por dónde anduviste perdido y a qué regiones llegaste!

El ingenioso Ulises le respondió de esta forma: —Soy Ulises y habito en Ítaca, la isla más remota hacia occidente que no se eleva mucho sobre el mar. Habiendo partido de Troya, el viento me llevó al país de los cíclopes. Al llegar allí, saltamos a la ribera para entregarnos al sueño y hacer acopio de alimentos. Con unos pocos compañeros me interné en la isla. Echamos a andar llevando un odre lleno de vino. A poco, descubrimos una gruta; entramos y contemplamos con admiración las ristras de quesos y los corderos y cabritos en los establos.

El hombre que vivía en la gruta era un gigante, un monstruo horrible que no parecía hombre sino bestia; lo vimos descargar la leña seca y nos apresuramos a refugiarnos en un rincón oscuro. El monstruo metió en el lugar a todas sus cabras y cerró la entrada con una enorme piedra. Cuando encendió el fuego nos vio, se volvió hacia nosotros, agarró de repente a dos de mis compañeros y los despedazó de un solo golpe. Se preparó con ellos una cena y comió como un león, no dejando ni los huesos. Nosotros contemplábamos horrorizados el espectáculo y aguardamos a que se durmiera con el propósito de herirle. Pero la gruesa piedra que había colocado nos detuvo: aunque lográsemos matarlo no podríamos salir. Así esperamos la aurora.

El cíclope despertó, encendió el fuego y ordeñó las ovejas. Seguidamente, echó mano a otros dos compañeros y, como la noche anterior, dispuso con



ellos su almuerzo. Después sacó el ganado de la cueva y cerró tras de sí con la piedra.

Me pareció que la mejor solución sería la siguiente: sobre el establo había una gran estaca de olivo, semejante al mástil de un barco; con mis compañeros, pulimos un extremo, la endurecimos con el fuego y la ocultamos bajo el estiércol. A suertes elegimos tres compañeros que junto conmigo clavarían la estaca en el único ojo del cíclope cuando el sueño lo rindiese. Por la tarde, volvió el cíclope, ordeñó las ovejas y agarró a otros dos de nosotros. Entonces, aproximándome con una copa de vino, le dije: –Toma, cíclope. Ya que has probado carne humana, prueba esta bebida que se guarda en nuestros buques. –Dame más –clamó Polifemo cuando lo hubo probado–, y hazme saber tu nombre.

Cuando los vapores del vino envolvieron su mente, le dije: –Cíclope, mi nombre es Nadie.

–Pues a Nadie me lo comeré último, cuando me haya ofrecido todo el vino –respondió Polifemo. Se echó hacia atrás y se durmió. Entonces pusimos la estaca al fuego y cuando comenzó a arder la hincamos en el ojo del cíclope haciéndola girar. Polifemo dio un terrible gemido y nosotros huimos. Se arrancó la estaca y comenzó a llamar a gritos a sus amigos cíclopes, quienes acudieron a la cueva.

–¿Por qué gritas de ese modo? –le preguntaron desde afuera los cíclopes.

–Oh, amigos –respondió Polifemo–. Nadie me ha herido.

–Pues si nadie te ha herido, ¿cómo podríamos ayudarte?–. Y apenas acabaron de hablar se retiraron. Yo me reía por cómo lo había engañado. Polifemo, gimiendo por los dolores, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó en la entrada con los brazos extendidos para atraparnos si salíamos. Ordené a mis compañeros que cada uno agarrara



una oveja y esperamos agazapados bajo sus lanudos vientres. Con la luz del día, salieron los machos presurosos a pacer y nosotros prendidos a sus pechos.

—¡Carnero querido —gemía Polifemo al palparlos—, tu amo ha sido cegado por un hombre malvado!

Cuando estuvimos lejos de la cueva, nos soltamos del ganado. Llegamos a la nave y nos aprestamos a huir. El cíclope escuchó el golpe de los remos en el mar y, furioso, arrancó la cumbre de una montaña y la arrojó delante de nuestra embarcación, faltando poco para alcanzarnos. Polifemo invocó a su padre: —¡Óyeme, Poseidón! ¡Tú eres mi padre! ¡Concédeme que este hombre no vuelva nunca a su palacio! Y si está escrito que ha de volver a ver a los suyos, que sea tarde y con daño y en nave ajena, después de perder a todos sus compañeros.

Todas estas cosas estuvo contando Ulises en el palacio del rey Alcínoo. —¡Forastero, —clamó el rey—, permanece un poco más entre nosotros y prepararemos la nave que necesitas! Mientras tanto, cuéntanos otras de tus admirables hazañas.

—Desde la isla de los cíclopes —continuó Ulises—, seguimos adelante, hasta que llegamos a la isla donde moraba Circe. Enterada de nuestra llegada, la diosa vino a nosotros con pan, carne y vino del color del fuego.

—Comed y bebed, desdichados —exclamó Circe al vernos—. En cuanto amanezca, volveréis a navegar y yo os diré qué debéis hacer para que no padezcáis. Al anochecer, mis compañeros se acostaron junto a las amarras del buque. Circe me tomó de la mano y me separó de mis compañeros:

—Óyeme lo que voy a decirte: llegarás con tus compañeros a la isla de las sirenas que encantan a los hombres cuando van a su encuentro. Aquel

que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa y a sus hijos, pues las sirenas lo hechizan con su canto. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros; si tú quieres escuchar el canto de las sirenas, hazte atar de pies y manos al mástil de la embarcación. Cuando hayas conseguido pasar, deberás atravesar unas altas peñas contra las que rugen las olas. Las naves corren allí mucho peligro. A un lado se halla la cueva donde mora Escila, que aúlla como perra, monstruo perverso de dos pies y seis cuellos larguísimos con los que pesca delfines, perros de mar y, si puede, algunos monstruos. Jamás nave alguna pasó por allí. Al otro lado, verás un árbol frondoso en cuyo pie está Caribdis sobre el agua. Tres veces al día, Caribdis absorbe el agua y otras tantas la echa fuera. Huye de allí, acércate por el contrario a Escila y pasa velozmente. Contra ella no hay que defenderse, hay que huir tan solo.

Al punto apareció la aurora y Circe se internó en la isla. Yo me encaminé al navío y ordené a mis compañeros que desataran las amarras.

Soplaba el viento, los hombres batían el mar con sus remos. Entonces les dije: —Debéis saber que nos aproximamos a la isla de las sirenas; debemos protegernos de su canto porque de lo contrario, pereceremos—. Mientras explicaba todo a mis compañeros, la nave llegó a la isla de las sirenas. Tomé al instante cera y la partí en pedacitos; la calenté luego a los rayos del sol y tapé los oídos de mis compañeros. Ellos, como les había indicado, me ataron fuertemente al mástil. Cuando nos hallamos cerca de la orilla, nos divisaron las sirenas y empezaron un sonoro canto: “¡Acércate, célebre Ulises, y detén la nave! Nadie que oyera la voz que fluye de nuestra boca ha pasado de largo.” Así hablaban las sirenas con su hermosa voz. Mi corazón sentía grandes deseos de oírlas; moví las cejas para que mis compañeros me desatasen, pero ellos, obedeciendo mis órdenes, me amarraron con mayor fuerza. Cuando dejamos atrás a las sirenas y no se percibían sus voces ni sus cantos, mis fieles compañeros desataron mis ligaduras y se despojaron de la cera colocada en sus oídos.

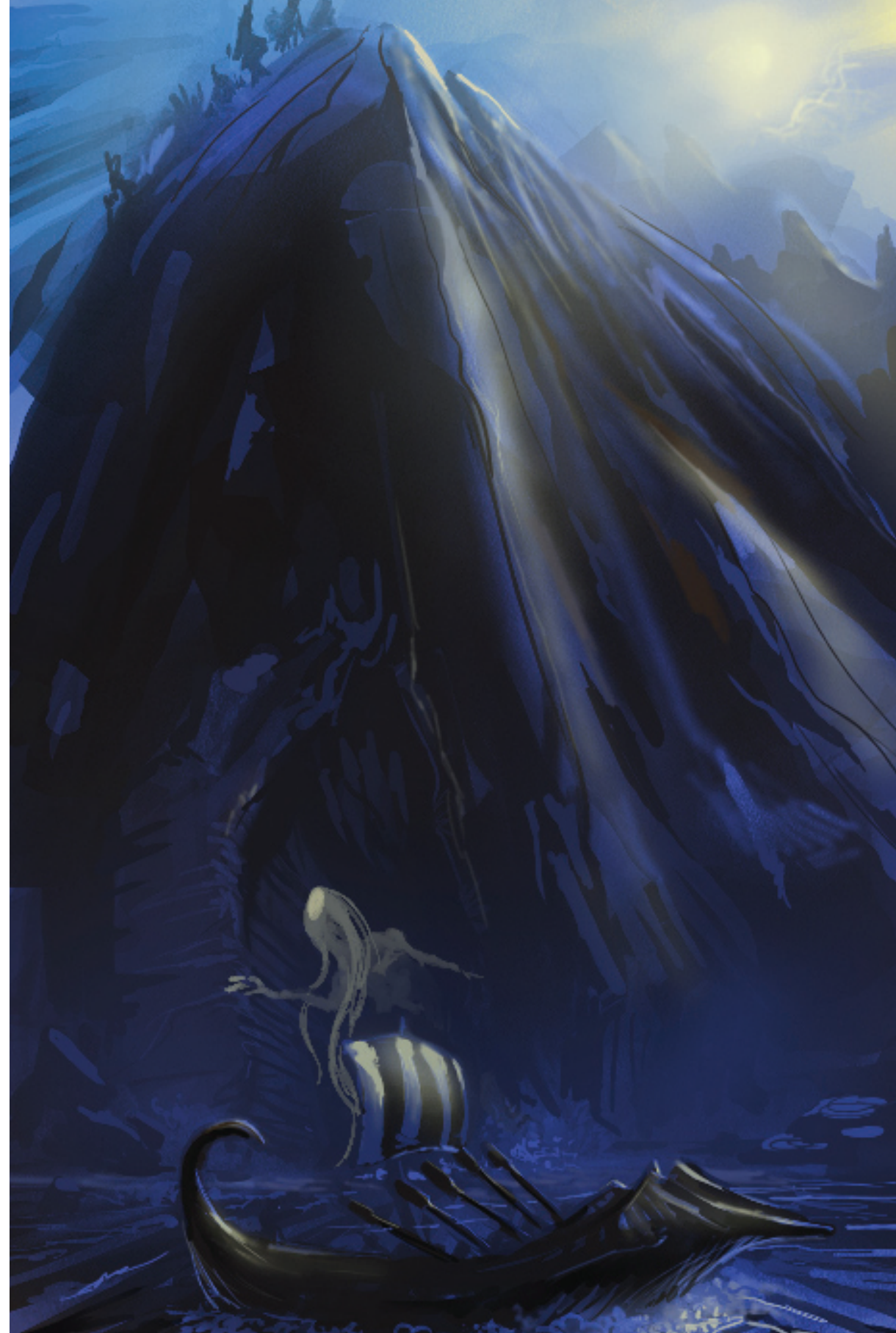
Al rato, escuché un fuerte estruendo, vi elevarse humo y nos rodeó la espuma que formaban las olas. Mis compañeros, temerosos, detuvieron los remos. —Oh, amigos —clamé—, no somos nuevos en soportar desgracias. Si escapamos del cíclope, también podremos escapar ahora. ¡Vosotros, batid los remos! Y tú, piloto, aparta la nave de ese humo y esas olas y procura atravesar el lugar—. Obedecieron sin tardanza. No les hablé de Escila ni de Caribdis para que no dejaran de remar. Sin embargo, el miedo se apoderó de nosotros cuando contemplamos a Caribdis. Nuestros ojos no podían apartarse de aquella visión; fue entonces cuando Escila arrebató de la embarcación a seis compañeros, los que más sobresalían por su fuerza. Cuando quise volver los ojos a la nave y a mis compañeros, ya vi en el aire sus pies y sus manos y escuché que me llamaban aterrados pronunciando mi nombre por última vez. Escila devoró a mis compañeros en la entrada de la cueva. De todo lo que padecí, fue este espectáculo el más lastimoso que vieron mis ojos.

Enmudecieron los feacios, arrobados por los relatos de Ulises.

—¡Oh, Ulises! —exclamó Alcínoo— ¡Volverás a tu tierra sin tener que vagar más!

—¡Oh, Alcínoo, rey bondadoso! —respondió Ulises. —¡Hagan los dioses que vuestros obsequios me conduzcan hasta mi mujer y mis amigos! ¡Y que a ti y a tu pueblo, los dioses os concedan toda clase de bienes!

Cuando salió la estrella más rutilante, la que anuncia la luz de la aurora, la nave surcaba el mar rumbo a Ítaca. Apenas arribaron a tierra, los feacios desembarcaron a Ulises y amontonaron al pie de un olivo las riquezas que le habían entregado como obsequio. Ulises, habiendo estado ausente muchos años, no podía reconocer el suelo de su patria. Atenea, hija de Zeus, se detuvo junto a él y le dijo: —Aquí estoy, temerario héroe, incansable en tu dolor. Vengo a trazar contigo un plan: esconde los tesoros que te obsequiaron los



feacios y piensa cómo pondrás las manos sobre los pretendientes que hace tres años acosan tu palacio. ¡Penélope suspira por tu regreso!

—¡Oh, diosa!, —respondió Ulises. —¡Tracemos, sí, un plan para castigar a esos hombres! —Te asistiré —replicó Atenea—. Voy a volverte irreconocible para que te acerques al palacio: arrugaré tu piel, blanquearé tu cabeza y te vestiré con horribles andrajos. El cuidador de cerdos, que te ama, te informará de todo. Mientras, buscaré a Telémaco que marchó a Esparta para saber si vivías—.

Ulises avanzó por un áspero camino hasta encontrar al porquerizo sentado cerca de los cerdos custodiados por cuatro perros semejantes a fieras. Los perros corrieron hacia el forastero pero el porquerizo se apresuró a alejarlos. —Oh, anciano —le dijo a Ulises—. Acércate a comer conmigo esta carne de cerdo. Es todo lo que resta pues los pretendientes devoran los puercos más gordos. Si mi señor estuviera vivo, él no permitiría que estos hombres consumiesen sus riquezas de este modo.

—¡Oh, amigo —respondió Ulises—, tu amo volverá a su casa y se vengará de quienes ofendieron a su mujer y a su hijo. ¡Acepto la comida y el dulce vino! Pero, en cuanto salga el sol, haced que me acompañen a la población. Me presentaré a Penélope para anunciarle estas buenas nuevas.

—¡Ay, huésped! ¿Quieres mezclarte con los pretendientes? Permanece en mi cabaña; espera aquí el regreso del hijo de Ulises y él te dará un manto y una túnica—. Mientras hablaba, el porquerizo esparcía ramas verdes y las cubría con una piel de oveja para que allí se echara Ulises.

Tan pronto amaneció, Ulises y el porquerizo encendieron el fuego. Los perros alborotaron, de pronto, con sus saltos y sus ladridos y Ulises dijo: —Se acerca algún amigo tuyo—. Apenas dichas estas palabras, se presentó Telémaco en el umbral. El porquerizo lo abrazó: —¡Has vuelto, Telémaco!

¡Entra, hijo querido!

—¿Qué novedades tienes de mi madre?

—Permanece en palacio y pasa los días y las noches llorando, —respondió el porquerizo.

El joven Telémaco preguntó al ver a Ulises: —¿De dónde ha llegado este huésped, abuelo?

—Ha vagado largo tiempo, hijo mío. Te ruego que hagas por él lo que puedas.

—¿Cómo podremos acoger a un forastero en un palacio habitado por los pretendientes?, —se lamentó Telémaco. —Forastero, —agregó— te daré un manto y una túnica, una espada y sandalias y podrás dirigirte adonde tu corazón te indique.

Conmovido Ulises salió de la cabaña y allí fuera lo tocó Atenea y se vio al héroe tal como él era con bella indumentaria: —¡Revélale la verdad a tu hijo, sin ocultarle nada! —exclamó la diosa.

Se asombró Telémaco al verle y Ulises habló así: —¿Por qué razón te sorprendes? Soy tu padre, por quien soportas tantas desdichas—. Luego, padre e hijo se abrazaron con inmenso gozo.

—Padre, dijo Telémaco, sé que dos hombres unidos son fuertes, pero los pretendientes son muchos.

—Ve al palacio, Telémaco —manifestó Ulises—. Mézclate con los pretendientes y llévame como a un anciano mendigo a la ciudad. No digas a nadie que Ulises está aquí.

Atenea devolvió a Ulises su aspecto de miserable mendigo. Al amanecer, Telémaco dijo al porquerizo: –Abuelo, voy a la ciudad a ver a mi madre. Tú lleva contigo al huésped para que mendigue.

Llegó el joven al palacio mientras Ulises y el porquerizo entraban también en la ciudad. Un perro llamado Argos, que yacía en el suelo, se aproximó a Ulises. El héroe lo había dejado en su patria, muchos años atrás, al partir hacia Troya. Argos estaba tendido y lleno de garrapatas, pero al ver a su amo lo reconoció y meneó gozoso la cola. A Ulises se le escapó una lágrima.

–Oh, amigo, –dijo al porquerizo que lo acompañaba–, ¿en qué malas condiciones está este perro de tan extraordinaria belleza!

–¡Debiste verlo cuando estaba Ulises!, –respondió el porquerizo–. Entonces sí que hubieras admirado su belleza–. En ese momento, la muerte se apoderó de Argos que había resistido veinte años de ausencia para volver a ver a su amo.

Telémaco advirtió antes que nadie la llegada del mendigo. Al verlo, uno de los pretendientes se enojó con el porquerizo: –¿Por qué trajiste a este vagabundo? ¿Es que te parecen pocos los mendigos que andan por la ciudad?

Al enterarse Penélope de la presencia del mendigo en su palacio, ordenó a sus esclavas: –Decidle al huésped que venga para que lo salude y le pregunte si oyó hablar de Ulises y lo vio–. Hizo preparar mientras tanto una silla con una piel blanda para que se sentase el forastero. Cuando él se hubo acomodado, Penélope le dijo: –¡Oh, forastero, quiero saber si es verdad que en tu largo vagar has conocido a mi esposo!

–¡Oh, Penélope, te diré lo que recuerdo!. Ulises llevaba un manto de lana

con un broche de dos agujeros. En la parte anterior del manto llevaba bordado un perro con un cervatillo.

Penélope lloró al reconocer los detalles del manto de Ulises. –¡Huésped! –dijo–. Yo misma di a Ulises esas vestiduras cuando partió hacia Troya.

–¡Oh, esposa de Ulises! –dijo el forastero–. Tu esposo vive, ha perdido a todos sus compañeros pero él vuelve sano y salvo.

–¡Ojalá se cumplan tus palabras! –le respondió Penélope–. Sin embargo, aún deseo hacerte algunas preguntas. Los pretendientes agotan nuestra hacienda, es necesario que me decida por uno de ellos para desalojar a los demás del palacio. No puedo retardar más el certamen atlético entre los pretendientes. Seré la esposa del que maneje mejor el arco.

–¡Oh, Penélope! –exclamó Ulises–. No retrases el certamen; vendrá Ulises y, manejando el arco con mayor destreza, vencerá a todos los pretendientes.

La misma Penélope condujo al palacio el arco de Ulises: –¡Oh, pretendientes! ¡Oídmelos todos! Aquí dejo el arco de mi esposo que no ha de volver. Aquel de vosotros que más fácilmente lo maneje y dé en el blanco, me tendrá por esposa.

Los primeros en probar el arco tuvieron que dejarlo pues sus manos blandas se estropeaban al pulsarlo. Uno de los pretendientes ordenó entonces encender el fuego y derretir una gran bola de sebo para untar el arco con grasa caliente. Sin embargo, ni aún así pudo pulsarlo.

Ulises dijo así: –¡Oídmelos, pretendientes! ¡Dadme el arco de Ulises y veré si tengo la misma fuerza que en mi juventud!

–¡Miserable forastero! –lo increparon los pretendientes–. Eres un

vagabundo y un mendigo vil, ¡no toques el arco!

—¡No es justo ofender a un huésped de mi hijo! —intervino Penélope—. ¿Alguien supone acaso que el anciano logrará tender el arco y ganará el certamen? ¡Ni él mismo ha tenido jamás semejante esperanza!

—¡Bien has hablado! —señaló uno de los pretendientes.

—¡Dadle el arco y veamos! —replicó Penélope—. Si logra tenderlo, le obsequiaré un manto y una túnica, una espada y sandalias para que se dirija adonde desee.

Telémaco entre tanto indicó a sus amigos que custodiasen las puertas: —¡Que nadie salga! —ordenó.

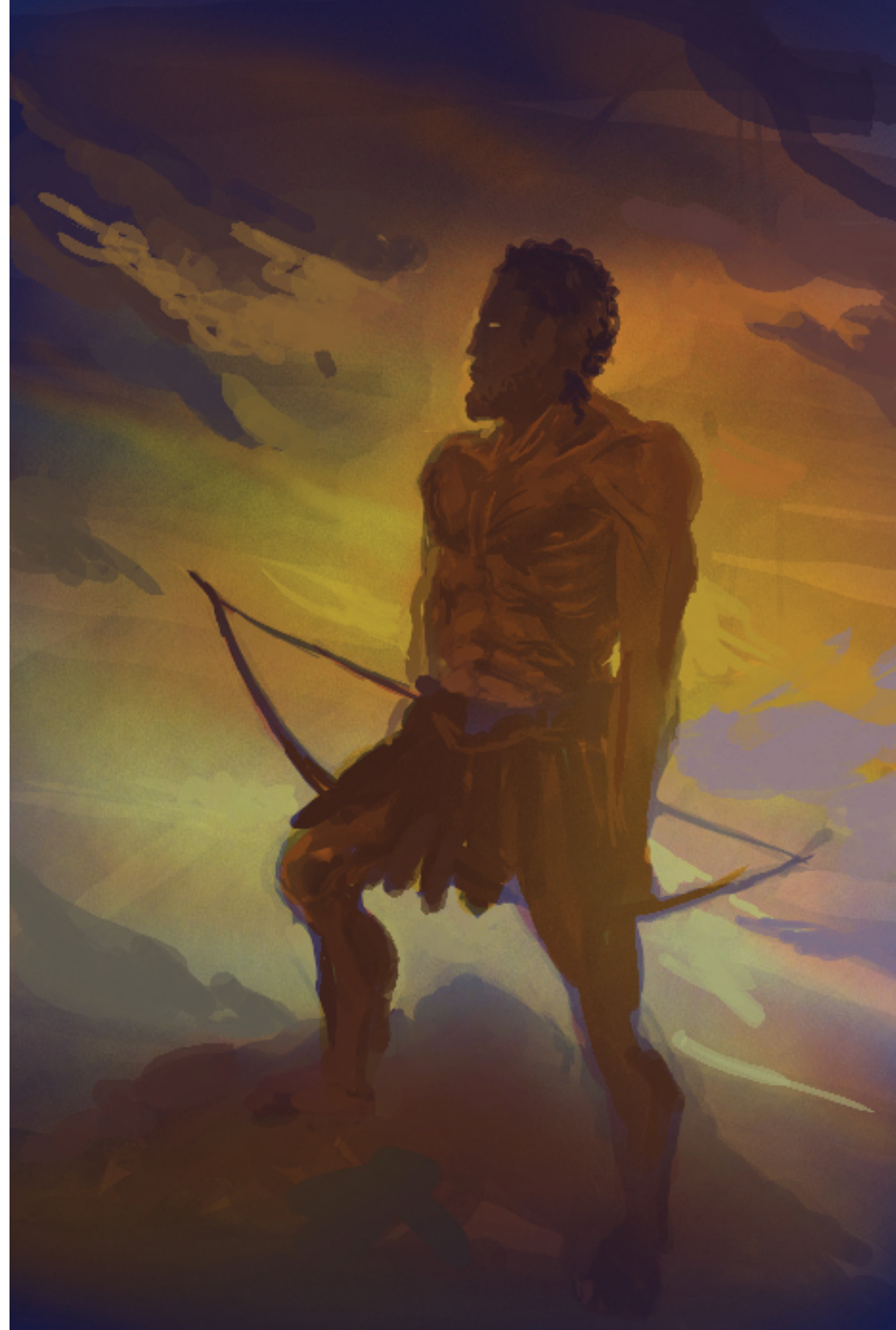
Con toda serenidad, Ulises tomó el arco y probó la cuerda que dejó oír un bello sonido. A los pretendientes les cambió el color del rostro. Ulises tomó una fecha y tiró de la cuerda, apuntó al blanco y no erró ninguno de los tiros.

—¡Oh, Telémaco! —dijo—. Dejemos todo esto y preparémonos.

Telémaco se ciñó la espada, tomó su lanza y se puso de pie junto a su padre. Entonces Ulises se despojó de sus andrajos, se colocó de pie en el umbral con el arco y con la aljaba llena de flechas.

—¡Perros ruines! —gritó Ulises a los pretendientes—. Seguramente no creíais en mi regreso y por eso arruinabais mi hacienda. ¿Cómo no habéis temido a la venganza de los dioses?

El héroe volvió su arco hacia los pretendientes. —¡Oh, pretendientes! —exclamó uno de ellos—. Sospecho que este es en verdad Ulises. No



descansará hasta habernos matado a todos con su arco y sus flechas. ¡Desenvainemos las espadas y defendámonos de él!

Uniendo la palabra a la acción, atacó a Ulises con la espada, pero una certera fecha lo derribó sobre la mesa. Otro avanzó entonces decidido con la espada desenvainada. Pero Telémaco arrojó su lanza y lo derribó también.

Ulises dispuso las flechas para defenderse y atacar a la vez, hiriendo sin interrupción a los pretendientes que caían uno tras otro. Cuando agotó sus flechas, se cubrió con el escudo.

Él y Telémaco arrojaron sus lanzas poniendo fuera de combate a varios de los enemigos. Ulises buscaba con la mirada para ver si descubría con vida a alguno de los pretendientes pero todos yacían en el suelo en un mar de sangre.

Pronto acudieron todas las esclavas y rodearon a Ulises alborozadas. –No es piadoso alborozarse de tantas muertes –dijo Ulises.

Una de las viejas criadas fue en busca de Penélope: –¡Ha llegado Ulises! Tu esposo querido está en el palacio y ha dado muerte a los pretendientes que tanto te ofendieron.

Al darse cuenta de que la criada no mentía, Penélope descendió de su aposento y se acercó a su esposo querido, iluminado por el fuego de la hoguera. Telémaco dijo a su madre: –¡Oh, madre! ¿Por qué no vas a abrazar a mi padre? ¿Por qué no le haces preguntas y le abres, a la vez, tu corazón?

Ulises sonrió y dijo: –Penélope, tú y yo hemos sufrido largas desventuras. Mientras tú llorabas aquí por mi vuelta, yo aguantaba los incesantes

infortunios que Zeus me enviaba. Pero ahora, al fin, nos hemos reunido. Tú cuidarás mis bienes y yo repondré el ganado que los pretendientes insaciables han devastado.

–¡Oh, Ulises! Los dioses nos cubrieron de desdichas impidiéndonos que disfrutásemos de nuestra juventud. Pero ahora, ¡abrazas por fin a tu Penélope!

–¡Oh, Penélope! –dijo Ulises–. Todavía nos quedan días de dicha hasta llegar al fin de nuestras vidas.

Atenea, cuando comprendió que Ulises y Penélope se habían recreado lo suficiente con la conversación, permitió que el sueño se derramara sobre ellos.

NOTA:

. *Argos en griego significa “veloz”.*

JASÓN

Y LOS ARGONAUTAS

JASÓN Y LOS ARGONAUTAS



Nefeli y Atamante eran reyes de Beocia y tenían dos hijos, Hele y Frixo. Una gran sequía cayó sobre el reino y Atamante mandó a un grupo de sus hombres a consultar al oráculo. En medio del camino fueron interceptados por Ino que quería desplazar a la reina Nefeli y ocupar su lugar junto al rey. Ino sobornó a los enviados e hizo llegar al rey un falso mensaje de parte del oráculo: –Para que la tierra vuelva a dar frutos, tu hijo Frixo debe ser sacrificado a los dioses.

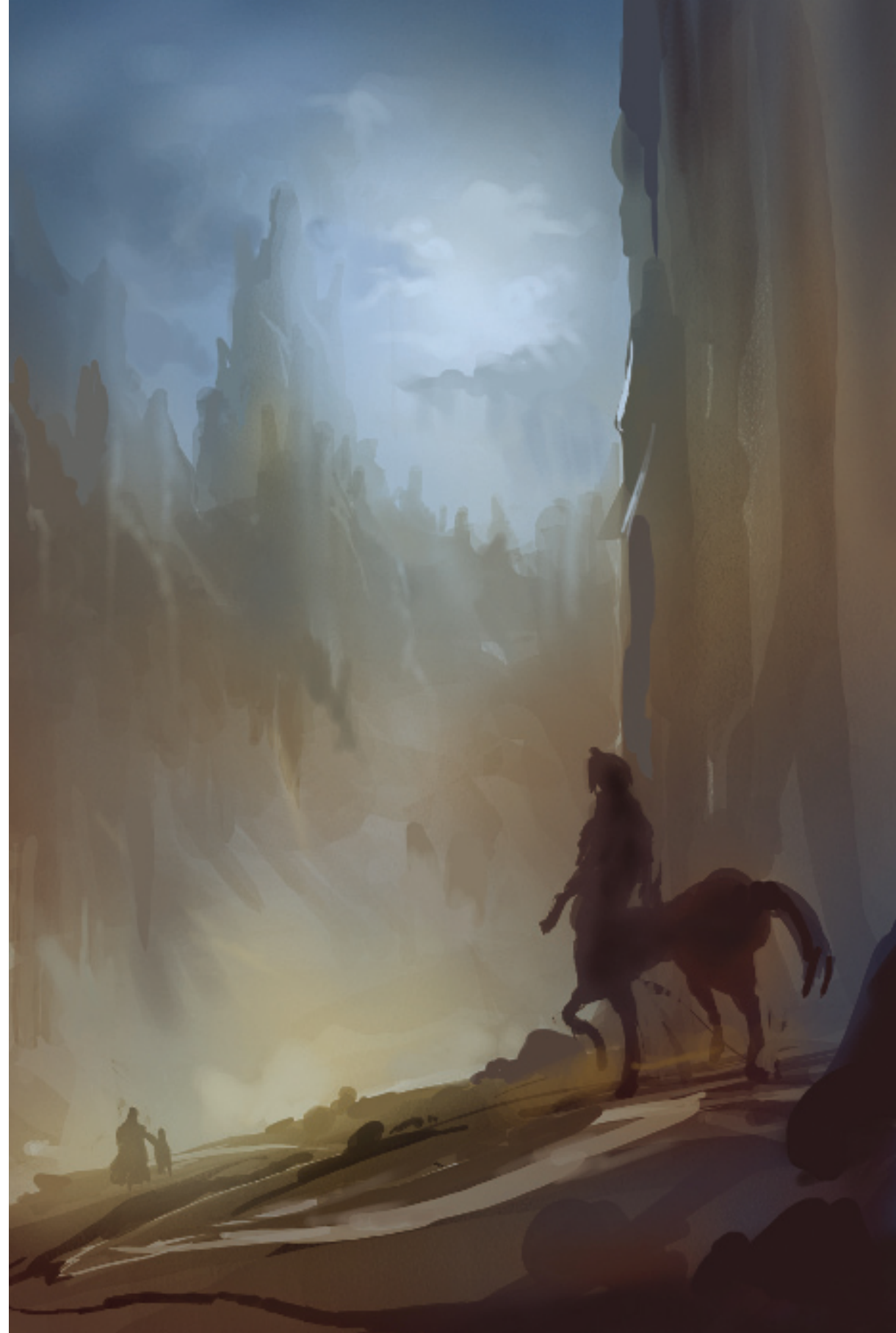
El joven Frixo subía ya al altar de los sacrificios cuando su madre, la reina Nefeli, le envió un cordero alado de dorado vellón, regalo de Hermes. Frixo montó en él junto a su hermana Hele y el animal los llevó muy lejos de Beocia. Durante el vuelo, Hele miró hacia abajo, se mareó y cayó en las aguas del Ponto. Frixo llegó solo a Colcos, el reino de Aestes; allí

sacrificó el cordero en agradecimiento a Zeus por haber salvado su vida y pidió su protección al rey. Aestes le ofreció a su hija en casamiento; Frixo le regaló a cambio el vellocino de oro, es decir, la piel del dorado cordero que lo había conducido hasta allí. El rey colgó el vellocino de la rama de un roble en el bosque de Ares y puso a un dragón que nunca dormía para custodiarlo día y noche.

Mientras tanto, Esón reinaba en Yolcos hasta que su hermanastro Pelias, hijo de Poseidón, lo arrojó del trono y ocupó su lugar. Esón temió que Pelías intentase matar a su hijo Jasón, que era quien debía heredar al trono. Por eso, viajó hasta la lejana cueva del monte Pelión donde habitaba el centauro Quirón y le dijo: —¡Oh, Quirón, sabio centauro! ¡Tú, que has sido tutor de los héroes Aquiles y Teseo, protege y educa a mi hijo Jasón!

El centauro Quirón, a diferencia de los otros centauros, era inteligente y de buen carácter, conocía de música, de arte, de caza y de medicina. Observó a Jasón y dijo: —¡Lo haré!—. El muchacho exclamó: —¡Padre, ten confianza en mí! ¡Cuando crezca en estatura y sabiduría recuperaré el trono de Yolcos que Palías ha usurpado!

Cuando Jasón se convirtió en un hombre, volvió a Yolcos ansioso por cumplir la promesa que había hecho siendo un niño. Era un joven alto, de pelo largo; vestía una túnica de cuero y llevaba en su mano dos lanzas de hoja ancha. Durante el viaje de regreso, una astuta anciana se cruzó en su camino: —¡Ayúdame, fuerte joven! —dijo la anciana a Jasón—. ¡No me atrevo a cruzar sola tan tumultuoso río! Nadie hasta entonces se había compadecido de ella pero Jasón aceptó llevarla sobre sus espaldas. Mientras cruzaba el río, Jasón empezó a tambalearse a causa del peso de la anciana y de la correntada. Por esa razón, no pudo evitar la pérdida de una de sus sandalias. Sin embargo, su amabilidad se vio recompensada, pues la anciana no era otra que la diosa Atenea que, queriendo probar la bondad

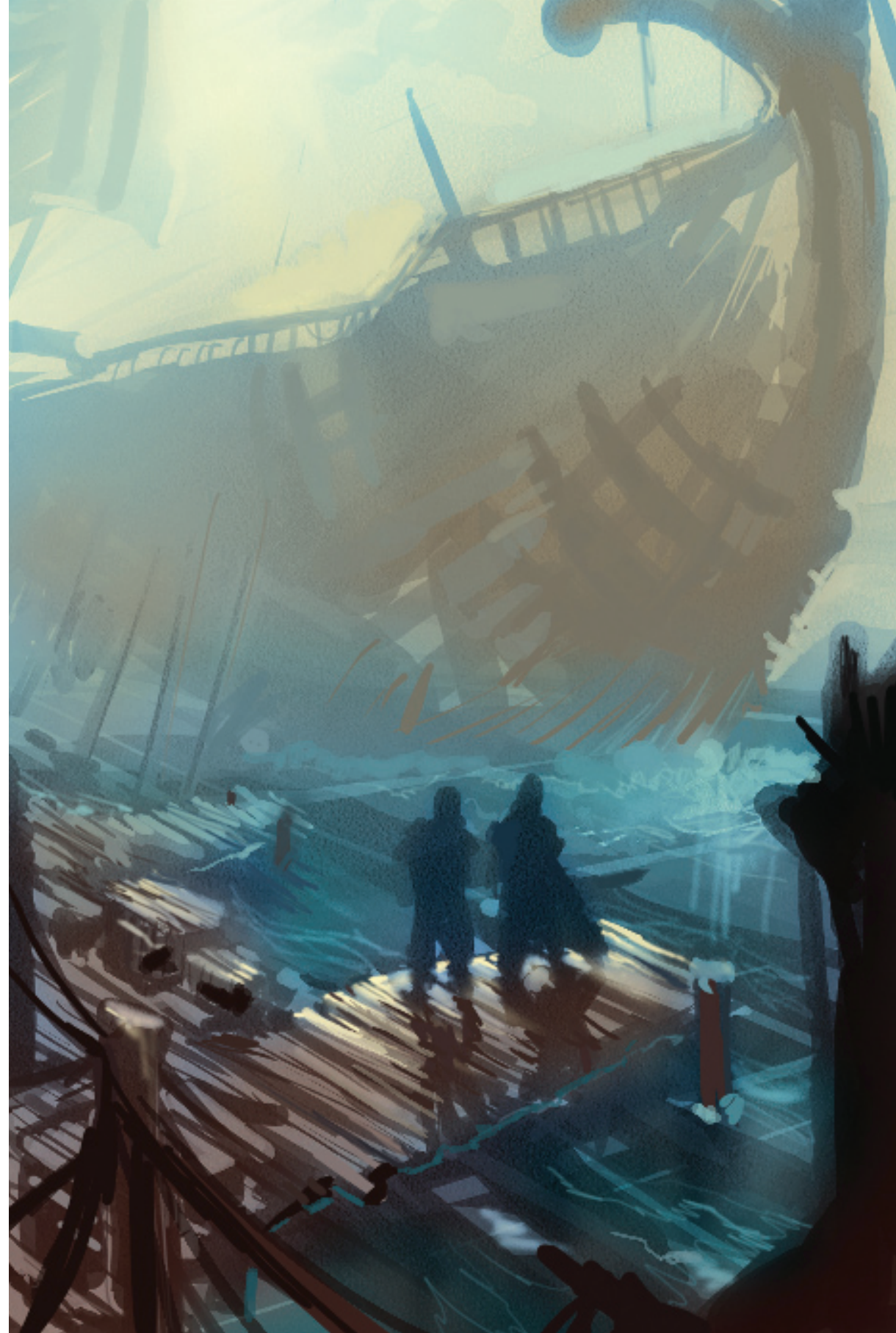


de Jasón, tomó forma de anciana y, a partir del momento en que el joven le brindó su ayuda, le concedió su protección.

Lo cierto es que al llegar de nuevo a su patria, Jasón se presentó ante el traidor Pelias con un pie descalzo y le exigió que le restituyera el trono de Yolcos. Pelias se turbó mucho –aunque no lo demostró– ya que una de las profecías del oráculo le había anticipado: “Desconfía del hombre que camina sobre una sola sandalia”. Pelias, sin rehusarse a entregarle el trono que legítimamente le pertenecía, dijo a Jasón: –Podrás ocupar el trono si consigues traer hasta aquí el vellofino de oro.

Como todos en Grecia sabían, el vellofino de oro se hallaba oculto en el bosque de Ares, a gran distancia de la patria de Jasón, confiado a la custodia de un dragón maligno. Pelias, al enviar tan lejos a Jasón, estaba convencido de que no volvería.

Jasón aceptó la misión y pidió consejo a Argos, el carpintero. Argos, por indicación de Atenea, construyó un gran navío de cincuenta remos, con maderas cortadas en el monte Pelión. Atenea ofreció como regalo un trozo de madera procedente del roble sagrado del oráculo; construyeron con él la proa del navío que tenía el don de la profecía. El navío llevó el nombre de su constructor, Argos, y era capaz de atravesar grandes distancias y llegar a Colcos. El centauro Quirón, tutor de Jasón, le aconsejó: –¡Jasón, hijo mío! Esta nave debe ser tripulada por héroes. ¡Envía heraldos por toda Grecia para convocar a los jóvenes más valientes! Así sucedió: los argonautas, tripulantes del Argos, eran todos héroes. Entre ellos estaban el mismo Argos, Tifis, el timonel, guiado por la diosa Atenea; Orfeo, el músico, que debería marcar el compás a los remeros; Idmón, el adivino; Calais y Cetes, hijos de Bóreas, el dios de los vientos; los gemelos Cástor y Pólux y sus primos; Heracles; el rey Cefeo; Atalanta, la única mujer, una de las mejores cazadoras, atletas y arqueras de toda Grecia, y muchos otros.



El viaje comenzó con presagios favorables, pero a lo largo del camino los viajeros vivieron muchas peripecias. La primera escala fue en la isla de Lemnos, donde solo habitaban mujeres pues todos los hombres habían muerto. Los argonautas fueron bien recibidos; se unieron a las mujeres de la isla hasta que algunas de ellas concibieron hijos varones y sólo entonces partieron.

Tiempo después, penetrando en el Ponto, el Argos se detuvo en Cicio. Los recibió allí un joven rey con quien los argonautas establecieron una hermosa amistad. Un día, la nave volvió a hacerse a la vela con vientos favorables. Sin embargo, durante la noche, cambiaron repentinamente los vientos y el Argos regresó a Cicio antes del alba sin que sus tripulantes notaran que estaban desandando su misma ruta. El rey de Cicio y sus hombres observaron el desembarco: –¡Oh, valientes soldados de Cicio! –clamó el rey–. ¡Un enemigo invade nuestra patria!–. El rey organizó la defensa y ambos bandos se trabaron en feroz lucha sin reconocerse en la oscuridad de la noche. Por la mañana, al descubrir la verdad, los hombres de Cicio y los argonautas compartieron un gran dolor: el rey había muerto. Todos participaron de los honores de su entierro.

El Argos arribó entonces a las tierras de los bebricios, gobernados por el rey Amico. –¡Oh, extranjeros!, –los saludó el rey a su llegada–. Todo viajero que se detiene en esta isla debe medir la fuerza de sus puños conmigo.

El rey Amico había vencido de ese modo a cuantos forasteros hubieran osado acercarse a sus tierras. Esta vez, ninguno de los argonautas parecía dispuesto a recoger el desafío. Pero Pólux dio un paso adelante. Pólux, gemelo de Castor, era de pequeña estatura pero fuerte y veloz y en los primeros cruces demostró su habilidad. Al poco rato, el provocador Amico cayó vencido; Pólux evitó matarlo pero dejó a su adversario atado a un árbol cerca de una fuente.

Al alejarse de las tierras de los bebricios, la tempestad arrojó al Argos a un lugar de la costa donde habitaba Fineo, un adivino ciego, hijo de Poseidón. Fineo había hecho predicciones muy ajustadas a la realidad; los adivinos tenían prohibido por los dioses que sus profecías mostraran con claridad el futuro, porque si los hombres pudieran conocer el futuro, se parecerían demasiado a los dioses. Por esa razón, Fineo había recibido una terrible maldición: cada vez que quería comer, una banda de arpías, demonios alados, se precipitaba sobre él arrebatándole los alimentos. Dos de los argonautas enfrentaron a las arpías: Calais y Cetes, hijos del dios del viento. Estos se precipitaron por los aires a perseguirlas y lograron alejarlas para siempre de Fineo.

–¡Oh, gloriosos argonautas!–agradeció entonces el adivino Fineo–. Os revelaré un secreto que os ayudará a llegar a Colcos: ¡desconfiad de las Rocas Azules!–. Las Rocas Azules eran dos grandes escollos que se hallaban a la salida del Ponto; cuando una nave intentaba cruzar por allí, ambas rocas se precipitaban una hacia la otra. –Escuchadme bien –agregó Fineo–. Antes de franquear el paso, enviad una paloma. Solo si la paloma logra atravesarlo, lanzaos velozmente tras ella–. Los argonautas siguieron el consejo. La paloma logró volar entre las dos rocas, que no le atraparon más que una pluma de la cola. Cuando los escollos se separaron, el Argos se lanzó a toda velocidad; franqueó el paso y no dejó en la aventura más que una tabla de popa que permaneció atravesada en el lugar inmovilizando a las Rocas Azules y dejando el camino del Ponto definitivamente abierto.

Una vez superado aquel obstáculo, el Argos continuó navegando hasta que, desde la cubierta, los argonautas divisaron la isla de Ares, cercana a Colcos, en cuyo bosque debían encontrar lo que buscaban, el vello de oro. Sin embargo, en las rocas de la costa sobrevolaban las aves del lago Estinfalos, pájaros monstruosos con alas y picos de bronce. Hércules había logrado dispersarlas asustándolas con el sonido de un gigantesco

cascabel –regalo de Atenea– y atacándolas con sus flechas. Aunque pocas habían sobrevivido, las aves eran una amenaza formidable y atacaron a los argonautas con sus plumas de bronce. –¡No os preocupéis, marinos!, –tranquilizó Atalanta, la arquera, a sus compañeros. Cuando la bandada de pájaros se acercó a la nave, Atalanta lanzó catorce flechas y catorce pájaros cayeron del cielo. El resto huyó perseguido por Cetes y Calais.

Finalmente, el Argos arribó a Colcos. Una vez allí, Jasón expuso al rey Aestes el motivo de su llegada. El rey no se negó a entregarle el vellocino de oro, pero le exigió a cambio: –¡Jasón, valiente argonauta! Si quieres obtener el vellocino de oro, impón antes el yugo a estos dos toros, hazlos arar mis campos y siembra en ellos los dientes del dragón–. Los toros que el rey Aestes señaló a Jasón tenían pezuñas de bronce y exhalaban fuego por las narices.

Medea, la hija del rey, era maga como Circe, su tía; en cuanto vio a Jasón se enamoró de él y decidió ayudarlo. En secreto, se le acercó y le dijo: –¡Jasón! Estaré junto a ti para superar estas pruebas con una sola condición: cástate conmigo y llévame a tu reino–. –¡Bella Medea! –respondió Jasón–. Nos casaremos.

Medea le entregó un bálsamo con el que Jasón debía untar todo su cuerpo para hacerse invulnerable por un día al fuego y al metal de los poderosos toros. Gracias a este bálsamo mágico, el conductor de los argonautas logró que los toros arasen la tierra y echó sobre ella los dientes del dragón. Pero cada vez que un diente caía en tierra, brotaba de ella un guerrero fuertemente armado. Medea gritó entonces: –¡Escóndete de ellos, Jasón, y lánzales piedras desde tu escondite!–. Así lo hizo Jasón; los guerreros, incapaces de descubrir de dónde provenían las piedras, se acusaron unos a otros y terminaron atacándose entre sí.

Al regresar a la ciudad, Jasón se presentó ante Aestes: –¡Rey Aestes!,



—le dijo—. He superado la prueba que me habías impuesto. ¡Entrégame el vellocino de oro!—. Pero Aestes no estaba dispuesto a cumplir con su palabra y envió a sus hombres a prender fuego al Argos. Entonces Jasón alentó a sus compañeros: —¡Remad con fuerza, marinos! ¡Dirijámonos sin demora al bosque de Ares!—. Medea se embarcó con ellos en el Argos llevando consigo a su hermano pequeño. Ella guió a los argonautas hasta el lugar en que se escondía el vellocino de oro. Al llegar, los exhortó de la siguiente manera: —¡No miréis a los ojos al dragón que jamás duerme! ¡Su mirada tiene poderes hipnóticos!—. Recogió entonces del bosque unas hierbas especiales y volviendo a utilizar sus propios sortilegios logró hacer dormir al dragón que custodiaba al vellocino. De este modo, Jasón se pudo apoderar del preciado trofeo e iniciar con él el regreso a su patria.

Apenas el rey Aestes descubrió la huida de Jasón y Medea y el robo del vellocino de oro, se lanzó en persecución del Argos. Medea, para retrasarlo, sin sentir ningún remordimiento, dio muerte a su hermano, que viajaba con ella, y echó al mar sus miembros. El infeliz Aestes trató desesperadamente de recoger las partes del cuerpo de su amado hijo y fue así como los fugitivos lograron alejarse definitivamente.

Zeus, sin embargo, levantó contra ellos una violenta tempestad. La proa del navío, que tenía el don de la profecía, reveló a los argonautas: —Lleváis con vosotros la pena del asesinato de un muchacho inocente. Si deseáis seguir viaje, haceros purificar por Circe—. El Argos puso entonces rumbo hacia la isla de la maga Circe quien purificó a Medea pero se negó a recibir a Jasón. El navío volvió a zarpar y enfiló hacia el mar de las sirenas.

Orfeo tomó su lira y cantó incansablemente nostálgicas melodías que hablaban a los argonautas de su hogar, de su patria y de los seres queridos que allí los esperaban. De ese modo, sembró en los corazones de los marinos el deseo del retorno y logró evitar que sintiesen la tentación de escuchar el canto de las sirenas, esos pájaros maléficos. El Argos continuó

su ruta atravesando sin daño el estrecho de Caribdis y Escila, por donde también había navegado el valiente Ulises, héroe de Troya.

Más tarde, sin embargo, una nueva tempestad cayó sobre Jasón y sus compañeros: —¡Desembarquemos antes de que las olas inmensas nos devoren! —aconsejó el timonel—. Así lo hicieron, pero transcurrieron doce días y doce noches y el mar no se apaciguaba. Jasón observaba preocupado aquella situación hasta que tomó una decisión: —¡Carguemos al Argos sobre nuestras espaldas y avancemos sobre las arenas del desierto hasta que los dioses nos sean favorables!—. Los argonautas obedecieron y se lanzaron a caminar hasta que la tormenta se calmó y volvieron a botar la nave. Mientras tanto, las provisiones habían disminuido. Al cabo de un día de navegación, el vigía avistó la isla de Creta. —¡Orienta la nave hacia allí! —gritó Jasón.

Pocos minutos habían pasado cuando enormes rocas se precipitaron al mar cerca del Argos. El tumulto que produjeron despertó a Medea que dormitaba en la cubierta. —¡El gigante Talos custodia Creta y no permitirá que desembarquemos!, —advirtió la maga—. Desde lejos el gigante impedía con aquellas enormes rocas que los barcos se acercaran a Creta. Talos era un gigante de bronce casi invulnerable; tenía una sola vena que le llegaba del cuello hasta el tobillo izquierdo y que estaba rematada en el tobillo por un clavo que evitaba que el gigante perdiese toda su sangre. Medea se irguió sobre la cubierta y lanzó fuertes voces hacia la isla: —¡No podrás con los argonautas, Talos, necio gigante! ¡Vuelve tu cabeza y observa a tu alrededor! ¿Ves cómo se te acercan otros monstruos más fuertes que tú?—. Incitado por las engañosas visiones que le describía Medea, el gigante se enfureció. Iba y venía entre las rocas de la costa tratando de divisar a los inexistentes enemigos; se agitaba cada vez más moviéndose como una bestia acorralada, hasta que Medea consiguió lo que buscaba: Talos se desgarró el tobillo en una roca, cayó el clavo, se derramó su sangre y murió. Los argonautas pudieron desembarcar, reaprovisionar al Argos de agua y



alimentos, pasar una noche en la orilla y zarpar al día siguiente.

Por fin, consiguieron arribar a Yolcos. Jasón consagró el Argos a Poseidón, dios del mar, en agradecimiento por el éxito de su viaje. Había logrado traer consigo al vellocino de oro y, por lo tanto, era el momento en que debía reclamar al rey Pelias su legítimo derecho a ocupar el trono.

Jasón se presentó ante su tío y le entregó el vellocino de oro. Pelias no podía creer lo que tenía ante sus ojos pero aún así se negó a cederle el trono. Las hazañas de Jasón no habían terminado y una vez más decidió refugiarse en los poderes mágicos y en la habilidad de Medea, su mujer.

Para favorecer a Jasón, Medea logró penetrar en el palacio de Pelias asumiendo la imagen de una anciana hechicera. Las hijas del rey, las Peliadas, la recibieron en su alcoba: —¡Oh, bellas princesas!, —les dijo la supuesta anciana—. ¿Habéis observado de qué manera se han deslizado sobre vuestro padre los implacables años? Quiero confiaros un encantamiento para que logréis devolver al rey Pelias la juventud perdida—. Les demostró entonces, con sus poderes mágicos, que se podía rejuvenecer a un anciano troceando su cuerpo e hirviendo los pedazos en un caldero. La menor de las hijas de Pelias intentó detener a sus hermanas: —¡Hermanas, esta anciana es una impostora! ¡No creáis en sus palabras!—. Pero las jóvenes, con la sincera intención de beneficiar a su padre, lo cortaron en trozos como la maga había indicado y lo arrojaron al caldero. En ese preciso momento, la anciana salió de la alcoba de las Peliadas.

Cuando los habitantes de Yolcos supieron de este horrible crimen, manifestaron su aborrecimiento por Jasón y Medea. Ambos se vieron obligados a abandonar el país y partieron hacia Corinto. Acasto, el único hijo varón de Pelias, sucedió a su padre en el trono de Yolcos, por el que tantas peripecias había vivido Jasón.

Jasón y Medea vivieron diez años en Corinto y tuvieron dos hijos. Pero Creón, el rey del lugar, conocía las hechicerías de Medea y siempre intentó expulsarla de su reino: —¡Jasón, respetado huésped de Corinto!, —decía el rey—. Todos en este país conocemos tus hazañas. ¡Deshazte de Medea porque conseguirá llevarte con ella al reino de Hades!—. Sin embargo, Jasón temía a Medea de cuyos grandes poderes tanto se había beneficiado. Finalmente, un día, Creón le ofreció a Jasón casarse con su hija, la princesa Glauca.

Jasón se puso de acuerdo con el rey de Corinto, se atrevió a abandonar a Medea y aceptó el compromiso con Glauca. Medea, arrastrada por los celos, envió a Glauca como regalo de bodas un manto nupcial de irresistible belleza. —¡Oh, princesa Glauca! —saludó la sierva de Medea—, mi ama te envía este obsequio de bodas—. Cuando Glauca recibió de manos de la sirvienta de Medea aquel manto, se lo puso de inmediato. En ese preciso momento, el traje nupcial liberó la magia contenida en él y le infundió a Glauca un violento fuego en las venas convirtiéndola en una antorcha llameante. El rey Creón, al verla, lanzó un grito desgarrador: —¡Glauca, hija mía!—. La expresión de los ojos de la princesa y su bello rostro no se distinguían entre las llamas y su sangre caía, como lágrimas de pino, confundida con el fuego. El rey se abalanzó sobre su hija con la intención de salvarla pero las llamas los consumieron totalmente a ambos y el palacio entero ardió.

Tras perpetrar tan horrible asesinato, Medea deseó producir a Jasón un daño aún mayor y mató a sus propios hijos. El pueblo de Corinto, en venganza por la muerte de su rey, apedreó a Medea en el templo de la diosa Hera y la obligó a abandonar la ciudad. La hechicera huyó en un carro de serpientes aladas para evitar la ira de la familia de Creón y del propio Jasón.

Desde el carro, Medea desafió a Jasón: —¡Oh niños, hijos míos, cómo

habéis muerto por la locura de vuestro padre!-. Jasón replicó horrorizado: -¡Pero no los destruyó mi mano!-. Medea, sin embargo, se atrevió aún a responder: -No, los destruyó tu ofensa y tu boda.

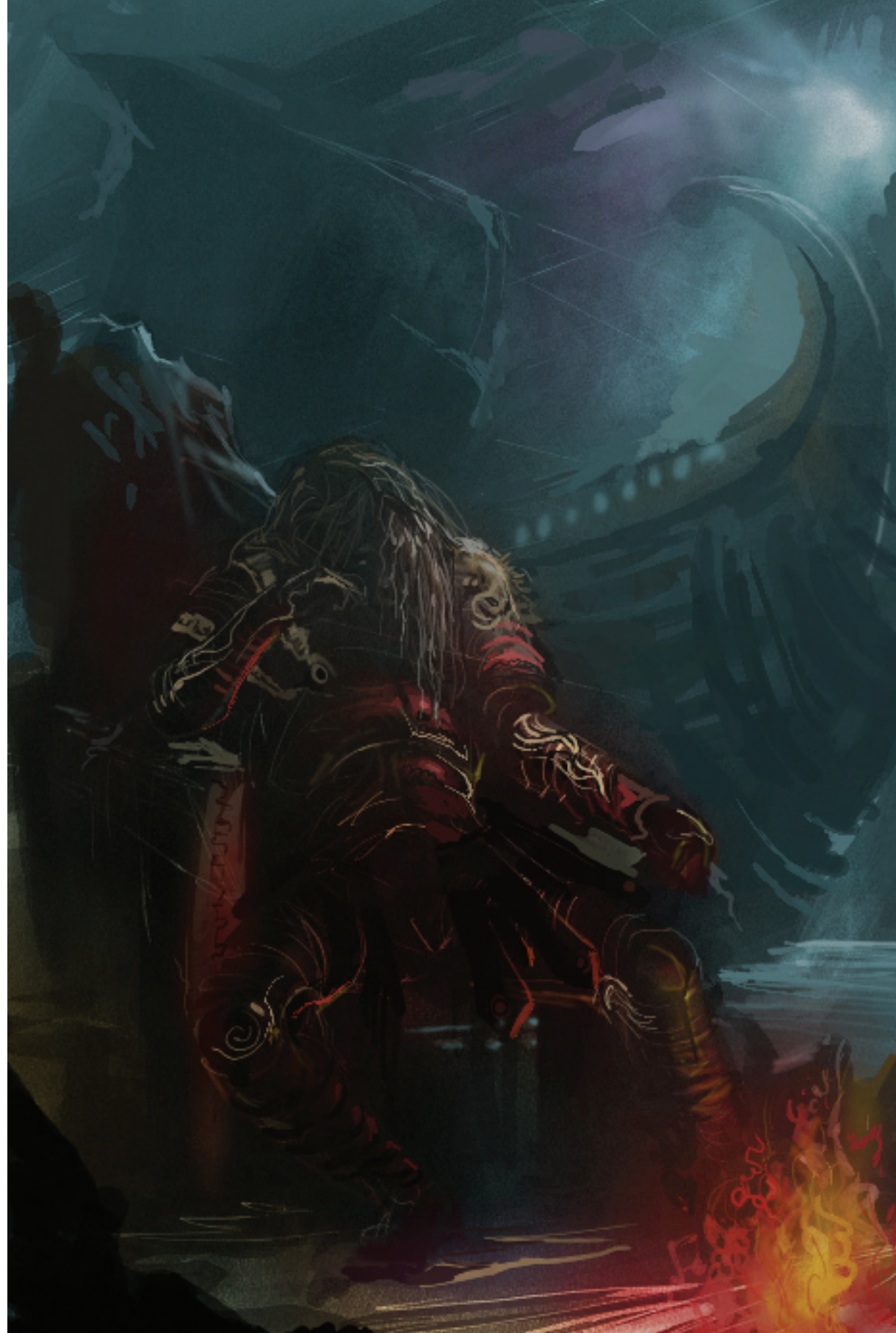
Hay quienes afirman que Jasón, tras todas estas desventuras, volvió a Yolcos y recobró su reino. Otros, en cambio, dicen que Medea arrojó sobre él una terrible profecía: -¡Morirás a causa del Argos, tu amada nave!-. La profecía, según estos relatos, se habría cumplido. Jasón, que habría llevado una vida errante luego de la muerte de sus hijos, parece haber muerto una noche, mientras dormía a la sombra del Argos, a causa de un tablón que se desprendió del viejo barco y cayó sobre él.

En cuanto a Medea, una tradición cuenta que habría huido hacia Atenas casándose allí con el rey Egeo. Por el contrario, ciertos autores aseguran que Medea fue transportada viva a los Infernos para desposarse allí con Aquiles, el héroe muerto en la guerra de Troya.

NOTAS:

. Pegaso es hijo de Medusa y Poseidón. Se dice que Poseidón se enamoró de Medusa por su belleza. Atenea la castigó convirtiéndola en Gorgona, sin permitir que fuera inmortal como sus hermanas. Pegaso, en griego, significa “manantial”.

. Casiopea se convirtió en la constelación que lleva su nombre.



PERSEO

Y LA MEDUSA

PERSEO Y LA MEDUSA



crisio, rey de Argos, tuvo una hija a quien puso por nombre Dánae. Como no tenía ningún hijo varón, el rey decidió preguntar al oráculo qué debía hacer para conseguirlo. El oráculo le dijo: –No tendrás hijos varones pero tendrás en cambio un nieto que acabará con tu vida–. Para evitar este destino, Acrisio decidió encarcelar a su hija Dánae en una celda subterránea con puertas de bronce y custodiada por perros salvajes.

Pero Zeus Olímpico, el padre de todos los dioses, se enamoró de Dánae y se burló de las precauciones de Acrisio logrando entrar en la prisión. Zeus tomó la forma de una lluvia de oro y cubrió de este modo a la joven dejándola encinta. Poco tiempo después, Dánae dio a luz a Perseo.

Acrisio, al ver nacer a su nieto, temió por su vida: –¡Oh, fieles servidores!

¡Encerrad a mi hija Dánae y al niño Perseo en un arca de madera y arrojadla al mar!, –ordenó. Acrisio esperaba que las aguas acabaran con la vida del niño que estaba predestinado a asesinarlo.

Zeus impidió que la pequeña nave fuera devorada por las aguas. El arca fue a la deriva hasta llegar a la isla de Serífea. Allí, un pescador la descubrió y la condujo a la playa. Cuando halló en su interior a Dánae y al pequeño Perseo los llevó a presencia del rey Polidectes. El rey los acogió en su casa y tiempo después desposó a Dánae y adoptó al niño como hijo propio.

Sin embargo, al cumplir veinte años, Perseo se destacaba por su belleza y su bravura ganándose hasta tal punto el afecto del pueblo que Polidectes sintió que su propia gloria se oscurecía.

–¡Oh, Perseo, hijo mío! –clamó Polidectes–. Heredarás seguramente este reino. Deberías por tanto aprovechar los años de tu juventud para llegar a él cubierto de gloria–. Las palabras del rey halagaron las ambiciones de Perseo que deseaba obtener triunfos y fama.

–Sé que eres valiente, oh Perseo, –insistió el rey decidido a alejar de Serífea a su hijo adoptivo. –Te encomiendo por lo tanto conseguir un regalo especial para tu madre. Ve, hijo mío, y trae para ella la cabeza de Medusa.

La Medusa era una de las tres Gorgonas, hijas de Forcis, dios del mar, la única mortal de las tres hermanas. Las Gorgonas, en vez de cabellos, tenían serpientes y por su asqueroso aspecto convertían en piedra a todos los que las contemplaban. Por esa razón, la misión que Polidectes había encomendado a Perseo era para el joven una muerte segura.

A pesar del peligro que significaba, Perseo aceptó sin titubeos semejante tarea. –Atenea, hija mía, –llamó Zeus– acude con tu astucia en ayuda del

arriesgado Perseo–. La diosa aprestó su vuelo para descender frente al valiente joven: –Oh, Perseo, –le aconsejó– interroga a las Grayas, hermanas de las Gorgonas. Ellas te indicarán el camino para hallar a Medusa. Antes de partir a su encuentro, invócame.

Las Grayas eran viejas de nacimiento; tenían entre las tres un solo ojo y un solo diente, que compartían por turnos. Se negaron a escuchar a Perseo hasta que el joven se apoderó del diente y del ojo; para recuperarlos, las Grayas le señalaron a Perseo el camino que conducía a las Gorgonas. Antes de emprender el viaje, Perseo recordó el consejo de Atenea y la invocó. La diosa de claros ojos apareció ante él: –¡Oh, Perseo! Has de llevar contigo este escudo que he pulido; su superficie es brillante como un espejo. Sólo en él clava tus ojos para observar a Medusa y cortar su cabeza; si en cambio la miras de frente, quedarás convertido en piedra de inmediato.

Hermes, mensajero de los dioses, ofreció también sus obsequios a Perseo: –¡Oh, valiente Perseo! ¡Calza en tus pies mis sandalias aladas y carga mi morral para guardar en él la cabeza de Medusa! Pero, sobre todo, no dejes de atar en tu cinto esta hoz de bronce, dura como el diamante, que ha sido tallada por los mismos dioses–. Provisto de estas armas e impulsado por las sandalias aladas, Perseo se trasladó al otro extremo del océano, no lejos del País de los Muertos, hasta la morada de Medusa, a la que halló sumida en un profundo sueño.

El héroe fijó sus ojos en el reflejo del escudo y allí divisó a las tres Gorgonas, Medusa y sus hermanas, entre formas de hombres y fieras de piedra erosionadas por obra de la lluvia. Sus largos cabellos eran serpientes palpitantes que se movían como rizos agitados por el viento; sus cuerpos estaban cubiertos de escamas de dragón y largos colmillos de jabalí asomaban por sus bocas entreabiertas; tenían, las tres, manos de bronce y alas de oro. Perseo observó atentamente el reflejo de las

Gorgonas en el pulido escudo y pudo descubrir, en una de ellas, los restos de una antigua belleza que la había llevado a competir con la diosa Atenea: esa era Medusa.

Perseo se cruzó el morral, se ajustó las sandalias a los tobillos y alzó la hoz de bronce dura como el diamante que había recibido de manos de Hermes. Atenea guiaba a Perseo cuando él, siguiendo la imagen de Medusa que se reflejaba en el escudo como en un espejo, la decapitó y, sin mirarla, ocultó la cabeza del monstruo en el morral. Un manantial de sangre brotó del cuello descabezado de la Gorgona y un inmenso caballo dotado de amplias alas ascendió hacia el cielo: era Pegaso. Despertaron entonces las otras Gorgonas.

Esteno, la menor, poseía una fuerza extraordinaria; al ver muerta a su hermana Medusa, extendió sus manos de bronce para atrapar a Perseo y no logró alcanzarlo porque él ya alzaba el veloz vuelo. Euriale, la mayor de las tres, intentó elevarse e ir tras él, pero el peso de sus alas de oro la dejó atada a las rocas.

Perseo voló de regreso a la isla de Serífea dispuesto a entregar al rey Polidectes la cabeza de Medusa. Su vuelo duró largos días y lo llevó a aproximarse a las costas de Etiopía.

Cefeo y su mujer Casiopea reinaban por entonces en Etiopía. Se dice que Cefeo había sido uno de los argonautas que acompañaron a Jasón en la búsqueda del vellocino de oro. Cefeo y Casiopea eran padres de una joven llamada Andrómeda, la más bella de las mortales. La reina estaba tan orgullosa de su belleza que se volvió arrogante. —¡Ah, Nereidas, ninfas del mar!—clamaba Casiopea—. ¡Os lamentaréis al miraros en el espejo de las aguas por no ser tan bellas como Andrómeda, mi hija, y como yo misma! Las Nereidas se enfurecieron con la reina Casiopea: —¡Oh, Poseidón, rey de



los mares! –rogaron a su padre–. ¡No permitas que una mortal se burle de tus hijas!

–¡Nereidas, hijas mías!, –respondió Poseidón–. Casiopea será castigada por no agradecer a los dioses que la han bendecido con tan gran belleza.

Poseidón envió un diluvio sobre las tierras de Etiopía y un monstruo marino llamado Cetus asoló sus playas. Cefeo y Casiopea temieron que las aguas del diluvio y la maldad del monstruo destruyeran a su pueblo y consultaron al oráculo.

–¡Oh, rey justo de las tierras etíopes! –indicó el oráculo–. Las aguas cesarán y el monstruo retornará a las profundidades del mar si puede llevar consigo a tu hija Andrómeda.

–¡Oh, amados y nobles padres míos! –sollozaba Andrómeda–. No dudéis en entregarle mi vida a Cetus si es que de ese modo salváis al pueblo de Etiopía–. Los reyes, viendo que esa era la única forma de proteger su reino, sumidos en el dolor, decidieron encadenar a la hermosa Andrómeda a unas rocas de la costa para que Cetus la tomara de allí y la llevara consigo.

Pero un joven héroe atravesaba en ese momento los cielos del país de los etíopes. Era Perseo que regresaba de cortar la cabeza de Medusa. Desde lo alto escuchó los lamentos de Andrómeda, la vio encadenada a las rocas y observó el desplazamiento del monstruo marino que se acercaba a ella. Se lanzó hacia abajo en picada. –¡Oh, bella princesa encadenada, cesa tus lamentos y cierra los ojos!, –exclamó con fuerte voz e insistió en ordenarle: –¡No lo dudes, cierra tus ojos!

Perseo cerró él mismo sus ojos al tiempo que descendía un poco más para aproximarse a la superficie de las aguas del mar. Extrajo entonces de su morral la cabeza de Medusa y se la mostró al monstruo. La bestia se alzaba



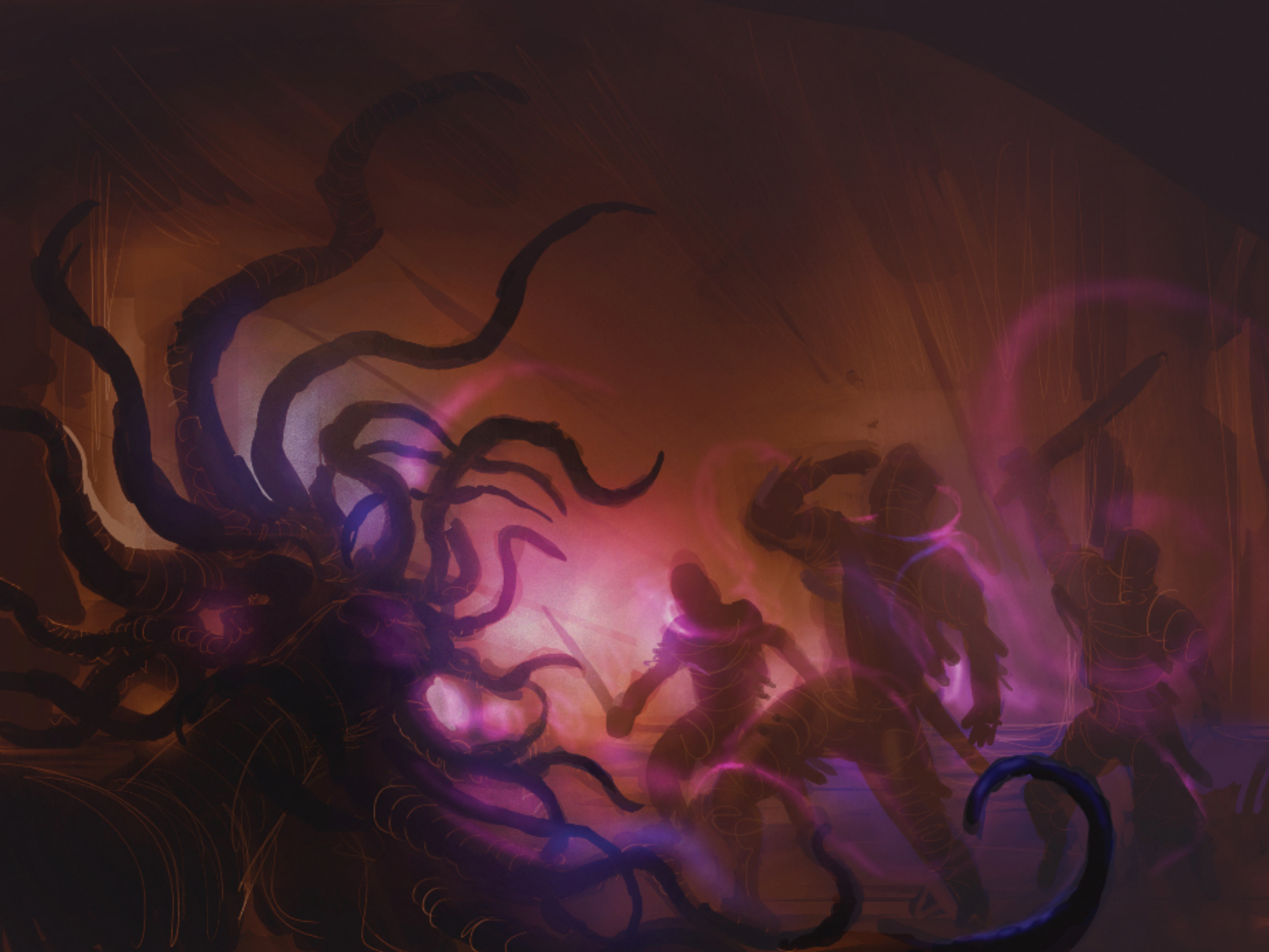
en ese momento para devorar a Andrómeda. A la vista de Medusa, quedó al instante convertido en piedra. El héroe introdujo de nuevo la cabeza en el morral teniendo cuidado de que Andrómeda no la mirara. Descendió aún más en su vuelo y atravesó con su dura hoz una y otra vez aquel bloque de piedra. Una sangre espesa manaba de las heridas del monstruo y teñía la piedra enrojeciéndola hasta convertirla en un gigantesco bloque de coral que se sumergió sin remedio en las claras aguas del Mediterráneo.

Después, se acercó Perseo a la princesa para liberarla de sus cadenas. Ella reveló quién era y los motivos de su sufrimiento e interrogó de este modo a Perseo: —¿Quién eres tú, joven héroe? ¡Dime cuál es tu nombre ya que con tal valentía me has salvado de caer en las garras de Cetus, el monstruo marino!—. Perseo dijo su nombre mientras clavaba sus ojos en los ojos de Andrómeda que, a su vez, lo miró. Al cruzar sus miradas, sintieron ambos que el amor encendía sus corazones.

Cefeo y Casiopea, en el colmo de su alegría, abrazaron a Perseo como su salvador. —¡Perseo, valiente como un dios! —saludó el rey Cefeo—. Has salvado nuestro reino y recuperado a nuestra hija. ¿Cómo podremos recompensar tu heroísmo?—. —¡Oh, noble rey!, —respondió Perseo— permíteme desposar a tu hija, la bella Andrómeda, por quien mi corazón siente el amor más profundo.

Al día siguiente se celebraron las bodas. Mientras se realizaba el banquete, llegó al palacio Fineo, hermano de Casiopea, a quien Andrómeda había sido prometida en matrimonio. El cobarde Fineo no había hecho nada por salvar a la princesa de las garras del monstruo marino, pero ahora que la veía libre venía a reclamar el cumplimiento del compromiso. Fineo entró rodeado por sus amigos, se dirigió hacia Perseo y lo retó: —¡Escucha, extranjero! —le dijo—. Has salvado a mi prometida Andrómeda de la fuerza de Cetus. ¡Si quieres ahora hacerla tu esposa, deberás volver a demostrar tu valentía ante mí y mis compañeros!—. Perseo no dudó en enfrentar





sin temor a Fineo y sus compañeros. Empuñó su brillante hoz y luchó con ellos. Sin embargo, pronto comprendió que estaba a punto de ser derrotado por la superioridad numérica de los enemigos. Fue entonces cuando recordó que poseía un arma invencible. Tomó la hoz con la mano izquierda para detener los ataques al tiempo que elevaba su brazo derecho y, sin mirar, extraía la cabeza de Medusa del morral que siempre llevaba sobre su espalda. Alzó el trofeo manteniendo los ojos fijos en la punta de sus propias sandalias y puso aquella horrible visión ante sus atacantes. Fineo y sus secuaces quedaron irremediablemente transformados en fría roca.

Pero Casiopea, olvidando que Perseo era el salvador de su hija, sintió grandes deseos de vengar a su hermano e intentó conspirar contra la vida del joven. Zeus mismo protegió esta vez a su hijo de tan injusta traición salvándolo de la muerte. El padre de los dioses lanzó su aliento e hizo que el soplo elevara al cielo la imagen de la reina Casiopea.

Al verla allí, Poseidón recordó la arrogancia de la reina y la colocó sentada en su trono de tal modo que, en algunas estaciones del año, se la puede contemplar cabeza abajo en los cielos, con un aspecto ridículo, como castigo por haber osado considerarse más bella que las Nereidas.

Perseo decidió retornar a la isla Serífea acompañado por su esposa Andrómeda. Al llegar a las playas de la isla que consideraba su patria, sus amigos se acercaron a él en secreto: —¡Valiente Perseo, amigo nuestro! —le informaron—. En tu ausencia, la fama de tus hazañas llegó a oídos de Polidectes, tu padre adoptivo, el rey. Su odio hacia ti lo ha hecho comportarse como un cruel tirano. —¡Oh, amigos fieles!, —los interrogó Perseo—. ¿Qué ha sido entonces de Dánae, mi madre?—. Los amigos de Perseo le revelaron la verdad: —Tu madre, oh Perseo, ha debido esconderse en uno de los templos; de ese modo, evita que Polidectes venga en ella su odio.

Perseo comprendió una vez más que debería recurrir al arma que él mismo había obtenido con ayuda de Atenea. Se dirigió decididamente al palacio a pesar de los consejos de sus amigos, que intentaban protegerlo de Polidectes. Ingresó allí y sin dudar lo puso la cabeza de Medusa delante del rey y de sus amigos. Todos los que la vieron quedaron de inmediato convertidos en piedra.

Dánae corrió hacia su amado hijo y lo abrazó llorando. Ella y Andrómeda permanecieron junto a Perseo cuando el pueblo entero de Serífea se aproximó al palacio, feliz por la muerte del tirano, para agradecer a su salvador. —¡Oh, Perseo!, habló uno de los más ancianos de los pobladores de Serífea—. ¡Sé tú nuestro rey ya que el mismo Polidectes te había proclamado su hijo adoptivo!

Al reencontrarse con su madre después de haber sido capaz de realizar tan formidables hazañas, Perseo decidió que ya era tiempo de retornar a Argos, su verdadera patria, y no aceptó ser coronado rey. —¡Oh, pueblo de Serífea!, —exclamó Perseo—. Vive entre vosotros un hombre sabio y bondadoso que podrá guiar vuestro destino—. Perseo propuso como rey al pescador que lo había salvado de la muerte al rescatar de las aguas del mar el arca en la que había sido encerrado junto a Dánae.

Antes de partir, Perseo invocó a su protectora, la diosa Atenea, y a Hermes, dispuesto a devolver a sus dueños el brillante escudo, las sandalias aladas, el morral y la dura hoz. Perseo sentía en su corazón un gran agradecimiento hacia los dioses que lo habían guiado en tan tremenda empresa. Antes de poner el morral en manos de Hermes, sacó de él la cabeza de Medusa: —¡Oh, Atenea, mi protectora!, —exclamó Perseo, tendiendo hacia la diosa el trofeo mientras alzaba su vista a los cielos—. ¡Aquí tienes la cabeza de Medusa, te pertenece, pues fue ella quien en su juventud osó comparar con la tuya su mortal belleza!—. La diosa extendió su fuerte brazo, tomó la cabeza y la puso en su escudo donde aún permanece.

Perseo, Andrómeda y Dánae pusieron rumbo a Argos, de donde madre e hijo habían partido contra su voluntad más de veinte años antes. En Argos, el rey Acrisio, padre de Dánae y abuelo de Perseo, había sido despojado de su trono por Preto, su hermano.

En cuanto arribó a su patria, Perseo supo lo ocurrido y dijo a Dánae, su madre: –¡Oh, madre! Enfrentaré a Preto, el usurpador, y lograré vencerlo. Si lo hago, recuperaré la confianza de mi abuelo que tanto me teme–. Nadie en Argos esperaba el regreso del nieto del rey. Por eso, el ataque de Perseo tomó a Preto por sorpresa y el joven héroe pudo derrotarlo. Acrisio, conocedor desde tiempo atrás de las hazañas de su nieto, olvidó por un momento las profecías del oráculo y salió a recibirlo decidido a reconciliarse con él: –Oh, Perseo, vencedor de Medusa –le dijo. –Abraza a tu abuelo de quien los dioses te han mantenido alejado tanto tiempo.

Perseo, conmovido por el reencuentro, abrazó a Acrisio y le juró solemnemente que, así como había logrado realizar grandes hazañas, podría vencer el vaticinio del oráculo: –Oh, rey Acrisio, los dioses inmortales te concederán una vejez feliz, –dijo Perseo a su abuelo–. Permaneceré a tu lado; puedes confiar en que mi fuerte brazo te libraré de todo infortunio.

El rey Acrisio decidió celebrar el triunfo sobre su hermano Preto y el retorno de su hija y de su nieto. Para hacerlo, ordenó que se sirvieran succulentos banquetes y que ese mismo día se celebraran en Argos grandes juegos. Perseo tomó parte en los juegos pues todo el pueblo deseaba conocerlo.

Durante una de las competencias, Perseo lanzó con fuerza el disco pero un viento repentino lo desvió de su recorrido. El disco fue a dar involuntariamente en el pecho del rey Acrisio, su abuelo, que presenciaba los juegos. Acrisio murió en el acto y se cumplió de ese modo el vaticinio que el rey había recibido del oráculo hacía muchos años.



Al morir su abuelo, Perseo debía tomar posesión del reino de Argos. Sin embargo, luego de haber enterrado a Acrisio con los honores de un rey, Perseo habló así a su madre Dánae y a su esposa Andrómeda: —¡Oh, madre amada! ¡Oh, esposa! He podido atravesar los cielos hasta llegar casi al reino de los muertos. Me he atrevido a enfrentar a Medusa y a decapitarla. ¡Pero no he podido evitar dar muerte a mi abuelo! ¡Como un pobre mortal, no he logrado detener a mi propia mano que ha cumplido con lo que los dioses habían previsto para mí!

Dánae y Andrómeda trataron en vano de consolar el corazón del héroe. Pero Perseo se sentía avergonzado de reclamar la herencia del hombre a quien él mismo había asesinado y de ocupar el trono de Argos. Megapantes, su primo, rey de Tirinto, le propuso entonces un trueque. Perseo aceptó: Megapantes reinó en Argos y Perseo en Tirinto donde muchos años después fundó la gloriosa Mecnas junto a su esposa Andrómeda.

Perseo y Andrómeda permanecieron uno junto a otro y tuvieron seis hijos: Perses, Alceo, Méstor, Helo, Electrión y Esténelo y una hija, Gorgófene. Atenea, conmovida por la hermosa historia de amor entre Perseo y Andrómeda colocó sus imágenes unidas en el cielo. Cerca de ellas, observando atentamente, se puede descubrir a Casiopea y a Cefeo, al Pegaso, el caballo alado, y a Cetus, el monstruo marino.

Cuando se descubre en el cielo la imagen de Perseo, se puede ver una curiosa estrella que brilla y se oscurece alternativamente: es Algol, el demonio, que representa la terrible cabeza de Medusa.

TESEO

Y EL MINOTAURO

TESEO Y EL MINOTAURO



geo, rey de Atenas, recibió un mensaje del oráculo de Delfos: –No contraigas matrimonio con una extranjera pues semejante unión traería grandes desgracias a Atenas y al pueblo atenien- se–. A pesar de estas profecías, el joven Egeo se enamoró de Etra, la hija menor del rey de Trecén, y se unió a ella sin pensar en las consecuencias. Por las noches, sin embargo, las amenazantes predicciones del oráculo lo hacían padecer grandes temores respecto al destino de su pueblo.

Egeo y Etra concibieron un hijo a quien llamaron Teseo. El rey de Atenas, agobiado por sus padecimientos, decidió regresar a su patria y hacer que el niño permaneciera en Trecén con su madre y su abuelo. Llevó entonces a su esposa a las afueras de Trecén, se detuvo junto a una inmensa roca y le habló así: –¡Etra, esposa mía! Bajo esta roca ocultaré mis sandalias y mi

espada. Trae a Teseo a este lugar cuando haya crecido en altura y sabiduría y ordénale que las desentierre. Si llega a Atenas vistiendo estas prendas, sabré que es mi hijo y lo haré heredero de mi reino, al que ahora debo regresar.

Teseo se crió en el palacio de su abuelo materno sin conocer el nombre de su padre y se dice que, desde muy pequeño, recibió la especial protección de Poseidón, dios del mundo de los mares. Se destacó como un niño fuerte y valiente. Su abuelo, el rey de Trecén, le enseñó a conocer las estrellas, a lanzar la jabalina y a empuñar la espada. Un día, cuando Teseo tenía siete años, Hércules llegó de visita al palacio; para comer más cómodamente, se quitó la piel del león de Nemea –con la que siempre se cubría desde que había logrado derrotar a la fiera en una terrible lucha cuerpo a cuerpo– y la dejó sobre uno de los bancos del jardín. Algunos invitados que llegaban tarde a la mesa no osaban entrar creyendo que el animal estaba vivo pues aquel despojo parecía dotado de movimiento. Algunos niños vieron la figura de la bestia recostada sobre el banco y huyeron despavoridos gritando: –¡Un león, un león!–. Pero Teseo no tuvo miedo: arrebató un hacha a un criado y se abalanzó sobre la fiera dispuesto a vencerla. Hércules detuvo su brazo, pero le agradó la valentía del muchacho y lo animó para que siguiera sus pasos: –¡Niño Teseo! Tu nombre será siempre recordado entre los nombres de los héroes.

Como era tradición, cuando Teseo cumplió dieciséis años ofreció su cabellera al dios Apolo, pero solamente lo hizo en parte, pues entregó únicamente el pelo de la parte delantera de su cabeza. Etra, su madre, lo llevó luego hasta el lugar que Egeo había elegido como escondite y mostrándole la inmensa roca le dijo: –¡Teseo, hijo mío! Debajo de esa roca encontrarás las sandalias y la espada de tu padre que no es otro que Egeo, el rey de Atenas. Recupera esas prendas y preséntate con ellas en Atenas donde Egeo te reconocerá como su hijo–. Ante el estupor de Etra, Teseo corrió la pesada piedra. Sin esperar un minuto, se calzó las sandalias



y se ciñó la espada de su padre, al tiempo que interrogaba: —¿Dónde está Atenas?—.

Para llegar a Atenas, Teseo podía seguir dos caminos: el marítimo, fácil y seguro, porque las naves de Trecén unían constantemente ambas ciudades, o el terrestre, muy peligroso por la cantidad de bandidos que infestaban su recorrido y que eran el terror de los viajeros. Teseo, para probarse a sí mismo, escogió este último e inició su viaje para ser reconocido como hijo del rey. En ningún momento el joven sintió temor por los peligros que podrían presentarse a lo largo del viaje. Al contrario, deseaba imitar las hazañas de su admirado Hércules.

El primero en experimentar la valentía de Teseo fue Perifetes, un poderoso saltador de caminos. El bandido era cojo pero manejaba con gran habilidad una enorme maza de bronce con la que aplastaba a los viajeros para robarles todo lo que transportaban. —¡Forastero!, —gritó Perifetes a Teseo apareciéndose de pronto ante el joven en medio de la soledad del camino—. ¡Entrégame tu morral!—. La voz del bandido era fuerte y ronca y su mirada, feroz. Todos los viajeros se sentían aterrorizados en su presencia. Teseo, en cambio, reaccionó con tal rapidez que en un segundo había logrado arrancarle la pesada maza de bronce de su mano derecha y, sorprendiendo al bandido, le asestó un golpe que lo dejó allí, tendido e inmóvil. Teseo continuó la marcha llevando consigo la maza que guardó como trofeo de su primera victoria.

Al pasar por Corinto, Teseo se topó con el cruel bandido Sinis, a quien llamaban “el doblador de pinos”. Para matar a los infelices que caían en sus manos, Sinis encorvaba dos pinos hasta juntar sus ramas y ataba a ellos los brazos de sus víctimas: al recobrar los árboles su posición normal, el pobre prisionero quedaba partido en dos. Teseo se sometió a tan terrible tortura pero salió ileso y le aplicó a Sinis el mismo suplicio.



En la costa del mar de Salamina, apostado entre las rocas, Teseo encontró a Escirón. Este malvado obligaba a los viajeros a lavarle los pies en las aguas del mar. Cuando los desgraciados llegaban al mismo borde del precipicio, debían agacharse para complacerlo; en ese momento, Escirón les pegaba un soberano puntapié que los arrojaba a las olas y gritaba: —¡Vete, viajero, a alimentar a las hambrientas tortugas!—. Cerca de la costa, verdaderamente, habitaba un grupo de tortugas de gran tamaño. Teseo logró hacer un rápido movimiento y fue Escirón el que cayó a las aguas. Se dice que una vez devorado por las tortugas, sus huesos se transformaron en los arrecifes y escollos que se hallan todavía en aquel lugar.

Poco antes de llegar a Atenas, Teseo se cruzó con Procusto, padre de Sinis, “el doblador de pinos”, que ardía en deseos de vengar a su hijo. Cuando descubrió que Teseo se aproximaba a su morada, Procusto salió a su encuentro: —¡Detente, forastero!,—le dijo—. No rechaces la hospitalidad de este humilde anciano. ¡Descansa esta noche en mi casa!—. Procusto utilizaba un extraño método para asesinar a los viajeros: cuando alguien aceptaba su hospitalidad, el bandido le ofrecía un lecho; si la talla del huésped era mayor que el lecho, el malvado cortaba todo lo que sobraba; si la talla era más pequeña, estiraba sus miembros mediante pesas y poleas para acomodar al viajero a las medidas de la cama. Se dice que nunca coincidió el lecho con la estatura del viajero. Procusto intentó atrapar a Teseo pero el héroe lo venció.

Entre tanto, las hazañas de Teseo habían llegado a oídos de los atenienses que creían que el joven era un sucesor de Hércules en el mundo de los héroes. Nadie pensaba, sin embargo, que Teseo fuese el hijo del rey y el heredero del trono. Un día, cuando vieron entrar por la puerta de la ciudad a un muchacho que vestía larga túnica blanca y portaba una hermosa cabellera rizada, algunos atenienses se burlaron de él: —¡Vaya, vaya, mirad al forastero!— se gritaban unos a otros. —¡Observad sus largos rizos!— comentaban entre risas burlonas. Teseo no respondió pero vio cerca de

allí un carro muy pesado tirado a duras penas por dos bueyes. Llegó hasta él, desató a los animales y tomando el carro con ambas manos lo lanzó con fuerza: —¡A ver, valientes atenienses! ¡Mostradme cómo detenéis al carro!—. Nadie pudo detenerlo y el carro llegó a gran distancia de allí. Todos enmudecieron y Teseo siguió su camino hacia el palacio.

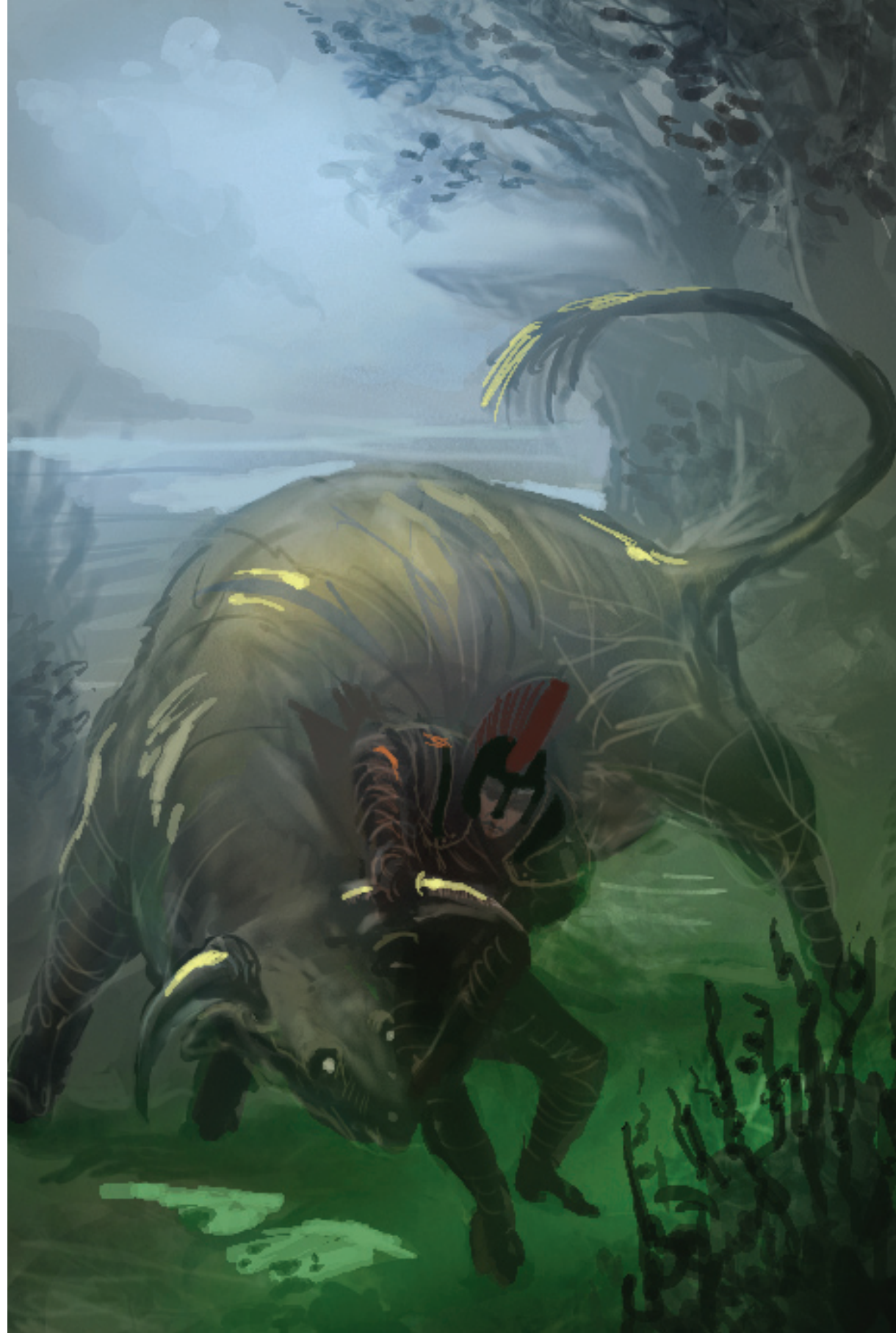
Durante los años transcurridos desde el nacimiento de Teseo, el rey Egeo había vuelto a contraer matrimonio. Su nueva esposa era Medea, la terrible maga que antes había sido esposa de Jasón. Medea había convencido al rey de que se casase con ella prometiendo darle un heredero a pesar de que ya era casi un anciano. Egeo pensó que las hechicerías de la maga ayudarían a cumplir su deseo y aceptó la boda depositando en Medea toda su confianza.

Teseo desconocía el nuevo matrimonio de su padre y, al enterarse, decidió esperar un poco antes de darse a conocer. Pero Medea adivinó que aquel joven podía ser un peligro para su ambición de que un hijo suyo fuese el heredero del trono de Atenas. Así que trazó un plan. El joven había acudido al palacio de incógnito. Medea, entonces, susurró al oído del rey Egeo: —¿Quién es ese extranjero de quien los atenienses relatan tantas aventuras? ¡Oh, rey, temo que llegue enviado por alguno de tus enemigos para quitarte el trono!—. De este modo, Medea fue derramando desconfianza hacia Teseo en el corazón de su padre que aún no lo había reconocido. El rey, incitado por su esposa, estaba dispuesto deshacerse del muchacho: —¡Joven forastero!, —dijo a Teseo—. Han llegado hasta mí las noticias de tus hazañas. ¿Podrás favorecer con tu fuerza a los atenienses derrotando al toro salvaje que expulsa fuego por las narices y ha causado muchas muertes en estas tierras?—. Teseo aceptó el desafío. El feroz animal había sido dominado por el mismo Hércules años antes. Teseo le salió al encuentro en la llanura de Maratón, lo capturó vivo y se paseó con él arrastrándolo por los cuernos ante la mirada atónita del pueblo de Atenas.

Para celebrar su victoria contra la peligrosa bestia, Teseo fue invitado a un banquete en el palacio. Medea, sin embargo, persistía en su intención de asesinarlo. —¡Egeo, esposo mío!,—dijo al rey—. ¡Ofrece al forastero esta copa de vino!—. La hechicera había echado veneno en aquella copa pero la casualidad salvó la vida de Teseo. Precisamente en el momento en que él rey extendía su mano para ofrecerle el vino, Teseo sacaba la espada que le había dado su madre con la intención de cortar con ella un trozo del cordero que se hallaba sobre la mesa, en una gran fuente de plata, justamente delante de Egeo. Entonces el rey reconoció la espada, volvió sus ojos hacia los pies del viajero y comprendió inmediatamente todo lo que ocurría. —¡Teseo, hijo mío, no bebas ese vino!—gritó Egeo al tiempo que alejaba la copa de los labios de su hijo. Habiendo fracasado en su empresa, Medea debió huir de Atenas expulsada por Egeo, y todo el pueblo reconoció a Teseo como legítimo heredero del rey.

La llegada de un heredero fortificó los ánimos de los atenienses, que padecían desde hacía años una cruel tortura. La ciudad de Atenas era poco dada a las guerras y más bien sobresalía por sus éxitos en el arte y el deporte. Años antes de la llegada de Teseo, como ocurría habitualmente, se habían celebrado grandes juegos deportivos en Atenas y en ellos habían participado atletas de diversas ciudades. En esa ocasión, Androgeo, hijo de Minos, rey de Creta, resultó triunfador. Los atenienses, celosos de la fuerza y la habilidad de Androgeo, lo desafiaron a enfrentar al toro que años después caería vencido ante Teseo. Pero la bestia dio muerte al príncipe.

Minos, al conocer la trágica noticia, juró vengarse reuniendo a su ejército para enfrentar a Atenas. Los atenienses, que carecían de recursos para vencer en una guerra, decidieron consultar al oráculo: —Si queréis evitar la guerra,—sentenció el oráculo—, negociad y aceptad las condiciones que proponga el rey de Creta.



El rey cretense recibió entonces a los enviados de Egeo. –Habéis asesinado cruelmente a mi hijo, –les dijo–. Las condiciones para la paz son las siguientes: Atenas enviará cada nueve años siete jóvenes y siete doncellas a Creta, para que paguen con su vida la vida de mi hijo. Los atenienses servirán de alimento al Minotauro.

El Minotauro era un ser monstruoso. Se cuenta que, en una ocasión, Pasifae, esposa del rey Minos, desafió la ira de Poseidón. El dios, como castigo, la condenó a dar a luz al Minotauro, una bestia con cuerpo de hombre y cabeza de toro, que emitía por su boca extraños sonidos no articulados, mezcla de bufido y ronquido, en los que parecía percibirse un soplo de tristeza.

A cada luna nueva, era imprescindible alimentar al Minotauro con carne humana. Para esconder al monstruo, Minos había mandado a Dédalo, el famoso arquitecto, construir un laberinto.

Minos ofreció a los atenienses una única concesión: –Si un joven ateniense logra vencer al monstruo, Atenas quedará libre de esta carga–. Los enviados se vieron obligados a aceptar aquel atroz tributo.

Dos veces habían pagado ya los atenienses el terrible precio pues dos veces siete doncellas y siete jóvenes habían navegado hacia su fatal destino. Esta vez, sin embargo, Teseo se hallaba en Atenas cuando llegó el día en que se debía sortear el nombre de las víctimas. El heredero del rey dijo: –¡Poned mi nombre en primer lugar!–. Al día siguiente, Teseo y sus compañeros se embarcaron rumbo a Creta. El rey despidió a su hijo entre lágrimas y sollozos: –¡Teseo, hijo bien amado, –dijo– que los dioses te protejan! La nave que te conduce lleva velas negras. Cuando regreses vencedor del Minotauro, cámbialas por velas blancas. De ese modo, a la distancia, conoceré la noticia de tu victoria–. Teseo prometió a su padre que cambiaría las velas como señal de su triunfo y la nave zarpó. El temido



Minotauro, recluido en el laberinto, esperaba su alimento.

Desde que Teseo partió, su padre subía cada día hasta el punto más alto de la ciudad de Atenas para ver si divisaba las velas blancas del barco que lo traería de regreso.

El rey Minos recibió a los atenienses ataviado con bellas vestiduras; deseaba conocer al joven Teseo, de cuya valentía había oído hablar. Al recibirlo exclamó: –Me han dicho, Teseo, que el dios Poseidón te favorece. Si es cierto, pídele que te ayude a recuperar mi anillo–. Diciendo estas palabras, Minos arrojó su anillo al mar. Como el rey ponía en duda la protección de Poseidón, Teseo estaba dispuesto a realizar cualquier prueba. Sin embargo, él también desafió a Minos: –Demuestra tú primero que el mismo Zeus, padre de todos los dioses, te tiene bajo su protección. Zeus, que verdaderamente era protector de Minos, no se hizo esperar: desde los cielos, arrojó rayos y truenos que iluminaron el mar y levantaron olas gigantescas sacudiendo sin cesar la nave ateniense.

Teseo se arrojó entonces al mar. Poseidón lo recibió con alegría. Estaba sentado en un carro de oro tirado por grandes peces. Bastó una señal suya para que un veloz delfín recuperara el anillo y lo pusiera en manos del muchacho. Segundos después, Teseo emergió de las aguas con aspecto triunfante pues llevaba el anillo en una de sus manos y, sobre su cabeza, una magnífica corona, regalo de Poseidón.

En Creta, los jóvenes atenienses fueron alojados en una prisión a la espera del momento en que el primero de ellos ingresara al laberinto. En un momento de la primera noche, la joven Ariadna, hija del rey de Creta, una bella muchacha de cabellos rojizos, burló a los carceleros y logró acercarse a Teseo. La belleza del héroe, saliendo deslumbrante del mar, había despertado un amor incontenible en el corazón de Ariadna. –Valiente Teseo, –le dijo– toma este ovillo de hilo dorado y, cuando entres

al laberinto, ata el extremo del hilo a la entrada y ve deshaciendo el ovillo poco a poco. Así tendrás un guía que te permitirá encontrar la salida–. El laberinto era una construcción sombría y tenebrosa de entrecruzados pasillos e intrincadas galerías; en él, se bifurcaban de tal modo los caminos que resultaba imposible encontrar la salida. Al separarse de Teseo, Ariadna le preguntó, con voz conmovida: –Al salvar tu vida, pongo en peligro mi propia vida; si mi padre sabe que te he ayudado, su enojo será inmenso. ¿Me salvarás tú a mí?–. Y Teseo se lo prometió.

Al llegar la mañana, Teseo pidió ser el primero en ingresar al laberinto. Una vez allí, ató una de las puntas del ovillo a una piedra y comenzó a adentrarse lentamente por los pasillos y las galerías; fue soltando el hilo a través de su recorrido sin dejar de apretar el ovillo que se iba empujando en una de sus manos. Con la otra, sostenía la espada de su padre. A cada paso aumentaba la oscuridad. El silencio era total hasta que, de pronto, comenzó a escuchar a lo lejos unos fuertes resoplidos. El ruido era cada vez mayor. Por un momento Teseo sintió deseos de escapar. Pero se sobrepuso al miedo e ingresó a una gran sala. Allí estaba el Minotauro.

El monstruo era terrible y aterrador como Teseo jamás hubiera imaginado. Sus mugidos llenos de ira eran ensordecedores. Con un espantoso bramido, la bestia arremetió contra el joven intentando clavarle sus cuernos y empujándolo con fuerza sobrehumana. Teseo resistió sus embates. Cuando logró separarse a una corta distancia, tomó fuerzas, se lanzó sobre él con la espada en alto y le atravesó el corazón. El Minotauro se desplomó en el suelo. Teseo lo había vencido.

Largos minutos tardó Teseo hasta que logró reponerse. Entonces tomó el ovillo y siguió el hilo dorado hasta encontrar la salida del laberinto. No sólo había conseguido salvar su vida y la de sus compañeros sino que había salvado a Atenas del horrible tributo. Al enterarse de la muerte del



Minotauro, el rey Minos se encolerizó. Por eso, los atenienses debieron apresurar su huida. Antes de zarpar, Teseo introdujo en secreto a Ariadna en el barco, para cumplir su promesa. Con ella se embarcó también Fedra, la hija menor del rey, que no quería separarse de su hermana.

Una terrible tormenta azotó la nave de los atenienses en la mitad del camino y los obligó refugiarse en la isla de Naxos. Cuando los vientos se calmaron, a la hora de partir, Ariadna no aparecía. –¡Ariadna, hermana!,– llamaba la joven Fedra–. ¿Dónde estás, Ariadna? –interrogaba en vano Teseo. La buscaron incansablemente pero la princesa nunca apareció. La nave continuó su camino hacia Atenas.

Se dice que Dionisio, dios del vino y la diversión, halló por azar a Ariadna llorando afligida por el abandono de su amado Teseo. La hermosa princesa de Creta recorría con sus ojos ansiosos las rocas y las blancas arenas de la costa. Dionisio acudió a su encuentro conduciendo un carro deslumbrante tirado por fantásticas panteras aladas. Fascinado por la belleza de Ariadna, la invitó a subir al carro, la tomó por esposa y la llevó con él al Olimpo, la morada de los dioses.

Teseo, por su parte, quedó apesadumbrado por la pérdida de Ariadna. Al acercarse a las costas de Atenas, no recordó la promesa que había hecho a su padre en el momento de la partida. El barco se acercaba a la patria con sus negras velas desplegadas, en lugar de navegar con las blancas que iban a ser la señal de la victoria de Teseo sobre el Minotauro. Desde lo alto de la ciudad, Egeo vio aproximarse el barco de su hijo con el luto en sus mástiles. Su corazón se estremeció de dolor al pensar que Teseo había muerto en Creta. Sin poder soportar la pena, Egeo se arrojó al mar, a ese mar que baña las costas de Grecia y que, desde entonces, lleva su nombre.


Cuando Teseo desembarcó, supo la noticia de la muerte de su padre. En medio de su gran tristeza, el joven fue recibido en Atenas como un héroe y los atenienses lo proclamaron rey. Su reinado estuvo plagado de luchas y tragedias como lo había estado toda la vida de Teseo desde su nacimiento, marcado a la vez con el signo de la gloria y con la sombra de la desgracia.



HÉROES Y VIAJEROS...

En la antología *Héroes y viajeros de la Antigua Grecia* vuelven a contarse cuatro historias que han sido escuchadas en rondas alrededor del fuego, anotadas alguna vez, reescritas, editadas en todos los idiomas del mundo, ilustradas y representadas en estatuas y pinturas durante miles de años. De ese modo, pese al largo tiempo transcurrido, Ulises, Jasón, Perseo y Teseo han conseguido llegar hasta la actualidad.

Aunque nada se conoce de la persona del poeta Homero, de quien se dice que era ciego, los datos históricos permiten asegurar que fue el autor de las dos historias más grandes de la antigüedad: *La Ilíada* y *La Odisea*, creadas probablemente hacia el siglo IX antes de Cristo. La Ilíada narra la guerra entre Troya y los griegos. El astuto Ulises participó heroicamente de esa guerra. La Odisea narra el regreso de Ulises (Odiseo es su nombre en griego) a su patria, Ítaca.



Muchos siglos más tarde que Homero, llegó Hesíodo, quien escribió sobre los dioses y sobre los héroes.

“El largo regreso de Ulises, héroe de Troya”, “Jasón y los argonautas”, “Perseo y la Medusa” y “Teseo y el Minotauro” son reescrituras de las historias que contaban Homero y Hesíodo.

Tan bellas son estas historias que, si en una pausa de la lectura nocturna el lector alza la vista, podrá encontrar la imagen de los protagonistas inmortalizada en el cielo por luminosas constelaciones.

